

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>La gallina transmutada</i> (MAURICIO DEL CASTILLO)	5
<i>Nadie en Tenhan</i> (JUAN M. VALITUTTI)	13
<i>El primer caso de locura de Ñac</i> (GONZALO SANTOS)	17
<i>Hijos sin nombre</i> (CARLOS PÁEZ S.)	23
<i>Piel y tinieblas</i> (CARLOS PÉREZ JARA)	26
<i>Mutagénesis</i> (M ^a DEL PILAR JORGE)	33
<i>Rosas rojas</i> (GONZALO SALESKY)	45
<i>Por un pelo</i> (GUSTAVO VALITUTTI)	48
<i>Saludos del hombre del jersey</i> (JOSÉ LUIS CARRASCO)	51
<i>El loop de Fuentes</i> (FEDERICO M. ALDUNATE)	56

NM

www.revistanm.com.ar

director@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

www.facebook.com/RevistaNM / <http://sites.google.com/site/revistanm>

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO**

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honorem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1310065879633

Se agradece por haber tomado parte en este número a: AEFCFT,
RUBÉN GALUSSO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Déjame solo"
(DAKOTA —<http://dakota.jimdo.com/>—)

Musicalización estocástica: Moon
(Compañía de Varieté BonxxO)
www.goeat.com/listen/0a756e2/moon-compania-de-variete-bonxxo

Llevábamos armas de fuego y la lanza. Tomamos la ruta. Los chasis quemados abundaban. El sonido, el del viento; el aroma no lo distinguí. Fuentes comentaba que al menos no había fiebre, que salvo la escena del cadáver, que repitió tantas veces, siempre sentía. Que, como me había conseguido medicina, se la había conseguido para él también, bajo el manto de la civilización en la que habíamos nacido.

Caminamos y caminamos. Los días pasaban, las ciudades pasaban. Las Flores, Azul, Pringles. La nieve comenzó a caer y ya no pareció detenerse. ¿Cómo podía nevar así en esta zona? Recordé esos húmedos meses de abril y setiembre apichonando el invierno. Alguna vez había nevado, pero caminamos por semanas y no se detenía.

Cerca de Bahía Blanca divisamos montículos de tierra y nieve. Segura obra de labor humano. Subiendo una colina, una extensión no abundante de pinos, canelos y cipreses sin hojas completaban el paisaje casi de tundra. Más adelante, un muro de nieve y chatarra automotor nos impedía ver más allá. Nos acercamos.

Fuentes comenzó a reír mientras removía la escarcha de su cara. Antes que

yo, ya podía ver del otro lado, el plano, y se dejó sostener por el muro que le llegaba al pecho. Antes de llegar, dos niños se me cruzaron; tenían la cara pintada. Primero de rojo y, hacia los lados, líneas blancas en vertical. No llevaban ropa, excepto un gorro de piel de guanaco, y no parecían sufrir frío alguno. Fuentes seguía riendo sin parar. Mirádonos, hicieron una mueca de "hagan silencio", llevándose una mano a la boca, y continuaron escabulléndose. Miré del otro lado del muro. Varios hombres personificaban variados demonios. La nieve caía. Fuentes se enserió súbitamente. Contemplamos el ritual durante unos minutos.

—¿Qué carajo le pasó a este mundo, Fuentes? —dije.

—Es la ceremonia del Hain; los Selk'nam.

—¿Los onas no estaban extintos?

—¿Te acordás de esos psicologueros de la tele, que decían que lo único seguro en la vida es que te vas a morir?

—Sí, me acuerdo.

—Lo único seguro es que naciste.

A la distancia los niños nos saludaban, camino a su iniciación, antes de perderse por los árboles...

© FEDERICO M. ALDUNATE, 2013.

FEDERICO MIGUEL ALDUNATE
(Argentina —Buenos Aires, 1986—)

Vive en La Plata desde los dieciocho años. Estudia en la Universidad Nacional y en la Anulp (asociación nipona); es tamborilero de candombe en la comparsa de Tolosa. Publicó en **La cueva del lobo**, **Novurbo** (continuación abierta de "2059", por JESÚS PÉREZ), **Escuela de Fantasía** y **miNatura** (finalista del Certamen 2013 de Poesía Fantástica) y colabora como guionista de cómic en **Exégesis**. Administra <http://elpapoola.blogspot.com.ar>.

que por tierra no había nada. No sé cuánto tiempo anduve ahí, pero poco.

—Claro. ¿Creés que pude haber estado ahí?

—Y... seguramente. Quién sabe. Al menos, acá el amigo no tenía distintivo. A lo mejor vino de Brasil del Norte, donde quedaban algunos; a lo mejor los trajiste de alguna manera.

—¿Lo traje, decís?

—Los trajiste. Digo, porque eran varios; o sea, eran el mismo, pero eran varios.

—No sé, che; no creo. Pero más que en un lugar, una idea, o un poco de todo. ¿Te acordás de las treinta Tierras? —le pregunté, pasándole un par de rocas lisas.

—Las treinta Tierras. Claro que sí —dijo risueño.

—En la Segunda, la humanidad tenía suficiente armamento para destruir treinta Tierras.

—Sí. Éramos pibes y la imagen que se me hacía en la cabeza era la del planeta explotando. ¡Ja! Eso no está bien, ves; era treinta veces la superficie habitada. La Tierra es la Tierra, y el *homo sapiens* es el *homo sapiens*.

—Discutimos eso mismo un rato; pobre tipo, hizo su punto. Y si ahí eran treinta...

—No creas que no lo pensé, eh —dijo Fuentes, señalando al occiso—. Sin duda que hicieron un desastre. Hicimos, digo.

—De treinta no destruyeron ni una. Después, cuántas podían ser; miles, ¿querés?, un millón. Sos vos el que ejercita.

—Sí, la energía se gastó. Si no, mirá alrededor. No soy físico, pero para doblar el tiempo se necesita mucha

energía, o superar la velocidad de la luz, o energía exótica, no sé qué mierda. A ver si me entendés; en una *chinkua* americana tiraron algo y desapareció. No quedaron ruinas; en lugar de ciudad quedó un cuadrado plano de tierra negra.

Me llevé las manos a la frente.

—Fuentes, si no nos vamos de acá ya, quién sabe si mañana vas a ir a ver el cadáver de vuelta, con o sin mí. Capaz que no fueron diez veces, capaz que ya lo hiciste... —dije y respiré hondo.

—¡Capaz que mañana es alemán y tiene un palo en el culo! —gruñó levantándose—. Vámonos.

—Esperá, sentáte. —Fuentes se detuvo—. ¿Qué pasó con los chicos?

Se sentó aún con el arma blanca en la mano, ojeándola.

—Cucho, Marita y Marito enfilaron para Uruguay; ella tenía esperanza de encontrar sobrevivientes. Encontramos un galón de nafta y un auto hecho bolsa, pero creo que si el puente seguía más o menos en pie llegaban; no supe más de ellos. Estaban juntos.

—¿Luis? —dije y miró hacia el suelo rendido.

—N-no. Murió en una nevada hace tiempo. De los demás no sé decirte, pero no quedó nadie.

Hicimos una pausa.

—Quizá saliendo de la ciudad las cosas sean más normales.

—Quizá —aceptó.

Abrigados y llenos de provisiones comenzábamos a alejarnos de La Plata. Decidimos dirigirnos al sur, puesto que, si en realidad los europeos estaban mandando gente, éstos habían entrado por el norte de la ciudad.

Mientras se espera en un hospital a que los médicos de guardia atiendan a un paciente, respirando el aire impregnado de antisépticos y enfermedad que lo caracteriza, se ven pasar los minutos y —de tanto en tanto— gente muy tímida, trasladada en camillas con el rostro cubierto por una sábana.

Eso nos recuerda que el tiempo es un bien escaso y que lo mismo ocurre con el espacio. No en vano en el mundo editorial se le dice a los autores, cuando quieren agregar material nuevo a un texto ya compuesto, que “las páginas no son de goma”.

Después de todo, la tarea de armado de una publicación física es una de las que más tiempo demanda, pues hay que ajustar el contenido a la cantidad de fojas disponibles, que por lo general nunca son todas las que se desean.

En la época dorada de los *fanzines* en la Argentina, durante los años ochenta, en determinado momento **Sinergia**, **Cuásar** y otras tantas publicaciones (**Axxón** todavía no existía) comunicaban a las demás qué cuentos estaban traduciendo, para no superponerse entre ellas, como había sucedido en alguna oportunidad.

Nuevomundo, la antecesora en papel de **NM**, no tenía esos problemas, porque desde su inicio se limitó a publicar material escrito originalmente en español. Como se decía en la redacción, los anglosajones ya tenían sus canales de distribución bien aceitados y el objetivo de la revista era difundir trabajos valiosos que eran ignorados por los medios comerciales.

Sí se compartía la problemática de luchar contra los costos de impresión, que de manera irremediable terminaban afectando la periodicidad de los medios, y las dificultades para contactarse con los autores, en épocas en las que no

existía Internet y el único correo era postal —con tendencia a la pérdida de algún envío—, lo que hacía que hubiera que repetir las misivas que permitían ajustar con ellos los últimos detalles.

Aquellas épocas trajeron sus enseñanzas. Un aprendizaje, por ejemplo, fue ver que **El Péndulo** —una estupenda revista profesional que se animó a difundir en el mercado un género literario considerado menor, como lo es la ciencia ficción— cometía en sus inicios el error de repetir en números sucesivos a un mismo autor. Por excelente que fuera, el lector quería algo distinto, algo nuevo, y más de una vez se lo escuchaba protestar por tal motivo. Ésa es la razón por la que **NM** deja pasar por lo menos una entrega entre dos cuentos de la misma autoría.

Otras cuestiones fueron resultado del tiempo y de las nuevas tecnologías, que trajeron soluciones y nuevos inconvenientes. Por lo general, un texto en pantalla genera distracciones o cansancio y un texto largo suele ser leído a los saltos. Eso es lo que le dio impulso en la Red a los microcuentos —antaño no bien vistos, porque complicaban el armado de las páginas—, con detrimento de las obras más extensas. En tal sentido, con sus versiones en línea e imprimible, **NM** trata de cumplir un rol intermedio.

No obstante, en realidad, nuestra preferencia pasa por los textos de mediana a larga extensión. El objetivo sigue siendo la difusión de una literatura marginalizada, generada por autores no tenidos en cuenta por quienes se acogen a la seguridad comercial de lo que representa la corriente principal. El objetivo sigue siendo la difusión de la mayor cantidad de creadores, con la esperanza de que alguno de ellos logre trascender las fronteras del gueto impuesto o autoimpuesto.

Como seguidores del género, sabemos que hay demasiada de autores, de trabajos, como para dejarlos de lado. Sabemos que no podemos aferrarnos a lo ya conocido y repetirlo una y otra vez (aunque a veces bien vale la pena reeditar alguna obra de arte acaso no muy bien recordada). Sabemos que el tiempo es limitado y el espacio exiguo. Pero también —con la humildad del caso— sabemos que, con perseverancia y con esfuerzo, podemos decir, como JOHN DONNE, “Muerte, no seas orgullosa”, y lograr alguna trascendencia, que es lo que justifica casi cualquier proyecto.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

no era el mejor para ninguno de nosotros ya de antes—. Yo también quiero ver quién es.

—Es cómo la décima vez que voy.

—Me pareció ver que tenía algo clavado.

—La primera vez llegué y era un español; las dos siguientes era ruso; después, un inglés...

—¿Quién lo pudo haber matado?

—Siempre el mismo cuerpo, pero distinta nacionalidad...

—Éste es el que Luisito estaba buscando. ¿Dónde estará él? Debe estar por acá también

—En la misma posición, en el mismo lugar, salvo algún que otro rasgo de la cara —añadía un Fuentes perdido.

Algo brumaba el ambiente. Colores traslúcidos. Entonces nos vi. No exactamente nosotros, o sí. Pero a mi derecha otro Fuentes le exclamaba a otro yo.

—¡Escucháme! Es la décima vez que vengo; es la primera que estás acá. ¿De dónde saliste?

A mi izquierda, Fuentes continuaba: —Algo distinto tiene, como una estaca clavada —dijo con la cara fruncida, mugrienta.

No pude atinar a otra cosa que contrarrestar. Fuentes y yo no dialogábamos; no nos veíamos, pero estábamos ahí. Lo tomé por las solapas bruscamente.

—¿Fuentes? ¿Dónde estuve? —clamé.

—N-no. N-no —tartamudeó.

—¡Fuentes, la puta madre!! ¿Qué mierda pasa? —le grité y lo arrojé hacia el piso. Su cuerpo quedó a un metro del cadáver.

La luz grisácea, el aire burbujeando; todo comenzaba a cesar. No pude ver más a nuestros dobles. Fuentes y yo mirábamos atónitos. Era, sin duda, un soldado europeo, con una larga lanza clavada en la espalda. La carne escasa develaba los huesos de su cráneo.

Incorporados examinamos esa extraña imagen. Me acerqué; coloqué mis manos en la lanza de madera. Con fuerza entré a removerla de su cuerpo. El esqueleto tronó por debajo. La punta era lítica, afiladísima. Fuentes miraba concentrado.

—¿Qué esperabas? ¿Que lo mataran de un tiro? —me dijo.

—¿Vos le clavaste esto?

—Yo no.

—¿A quién le disparabas?

—Yo también vi algo distinto; disparé para espantar.

—¿Espantar a quién?

—No sé. A lo que sea —concluyó.

Fogata nocturna mediante, Fuentes lijaba con una piedra la madera que componía la lanza.

—Los aviones pasaban de a millares. Iban para el Pacífico. Pero ni disparaban; la ciudad ya estaba destruida. Pasaban de largo, como una bandada de pájaros —dijo Fuentes cansino—. Un loquito de la guerra, de esos que disparaban con aire comprimido a los gatos y amaban maquetas de tanques, había preparado la Moncha, con partes de los Patricios. Entonces, con un grupito entre los que había un joven cura de la iglesia, la subimos. Pero le decíamos “el obispo”. Ni bien llegamos comenzó a disparar él solo contra toda la flota, aun-

¿Cuándo le pegaban un esquiapo? Si hace rato que estábamos en esto. En ese trance éramos conscientes de todo. *Dialoga con palabras eternas, razón pa'tocar nos da... Dialoga con palabras eternas, razón pa'bailar nos da...* Las filas se iban separando, más allá del contoneo fémico; la noche estrellada se enderezaba; las personas tomaban caminos distintos, los surcos, las veredas a medio romper, aquí y allá. Se desvanecían lentamente en sus direcciones. Marita, Marito y Cucho desaparecían por una esquina. Creo que él la besaba, creo que Marito les daba la mano, una a cada uno. Luis no tenía tambor; empuñaba un rifle como buscando. Se le borran los pies; desaparecía como humo a la vez que ponía el ojo en la mira. Todos se habían ido, menos Fuentes y yo, que seguíamos tocando. Al notar el descenso armónico paramos súbitamente. Entonces dijo: —Las *chinkuas*...

El sonido de disparos.

—¡Las treinta Tierras!—grité.

Me sentía como saliendo de una fiebre, transpirado, confundido. Estaba acostado y escuchaba disparos cerca. La vista se me comenzó a esclarecer. En eso de revolver los ojos en todas direcciones encontré un Fuentes aferrado a la Moncha.

—¿Qué pasó, Fuentes? —pregunté.

—Creo que vi algo —dijo, sin retirar la vista del arma.

—¿Qué viste?

—Tomá, comé algo —dijo, extendiéndome un plato de arroz con arvejas.

—¿Qué carajo pasa? ¿Dónde están Luis y Cucho? —dije, agarrando el plato.

—¿Luis y Cucho? Te conseguí la pichicata que pude; qué se yo —contestó Fuentes, ido.

Solté la comida y me acerqué a la mira. Que tenía aumento, pero no suficiente. Fuentes se levantó y comenzó a dar vueltas tembloroso. Miré atentamente y, bajo los finos rayos de sol, un pequeño punto llamaba la atención. Calibré el aparato. Era una persona que yacía entre los escombros; sólo eso podía saber.

—¿Bajaste uno? ¿Cómo llegó? —le pregunté. Seguía girando y mirando hacia el techo.

—Economía mundial, las capitales, inmigración... —dijo.

—¿Era el único? ¿Hubo un ataque? —indagué, mientras trataba de divisar aunque sea el uniforme del caído.

—El bombardeo a las *chinkuas*... —dijo, y comenzó a dirigirse hacia el exterior.

Continué buscando más siluetas, como si esperara que un soldado no viniera solo. Pero no había nada. Busqué vehículos, pero no había. Aviones, helicópteros; nada. Noté que Fuentes ya estaba fuera de la catedral y caminaba en dirección al cuerpo. ¿Las treinta Tierras? ¿Qué era eso? Salí a seguirlo. Cuando lo alcancé, seguía balanceando sus ejercicios mentales.

—Europa invade África del Norte; Estados Unidos toma México y disputa Japón con China... —se decía a sí mismo por lo bajo.

—¡Fuentes, esperá! —exclamé mientras notaba el aspecto más desgastado de mi amigo. Aspecto que

LA GALLINA TRANSMUTADA

MAURICIO DEL CASTILLO

Epifanio Bartolomé Loaiza puede presumir de cocinar el mejor caldo de gallina de costa a costa. Sus gallinas son diseñadas genéticamente para sacarle todo el provecho a la carne. Lo mejor de todo es que nunca se ha encontrado alguna anomalía en la receta. Son perfectas y jugosas. También obsequia un tarro de cerveza de raíz en cada menú, pero ese día no me apetecía comer ni beber. Una emergencia me hizo acudir a las siete de la mañana a su granja-laboratorio.

Su edad era el resultado de una vida saludable y sin vicios. Doscientos cincuenta años, muy bien llevados, sin períodos de sueño criogénico y sin injertos en el rostro. Cada una de sus arrugas valía su peso en gramo. Y aún sigue empeñado en no parar.

Luego de ordenar posar la nave en su terreno lleno de milpas y cercos, mi piloto accionó el botón de expulsión

y el tanque se deslizó a todo lo largo del terreno hasta detenerse por completo. El tanque era un ataúd cilíndrico antigraavedad que flotaba a sólo treinta centímetros del suelo. Yo me encontraba dentro de él, meciéndome a mis anchas. El sonido del agua chapoteando me tranquilizaba.

Mis criados salieron de la escotilla, empujaron el tanque hasta la cabaña de Epifanio y tocaron a la puerta.

—Hola, chico —dijo Epifanio en el marco de la puerta, con un trapo en las manos y sus patillas blancas de cochero a la vista—. Hace mucho que no vienes por aquí.

De modo que yo era simplemente “el chico”. Epifanio no sabía acerca de mi mansión, mi yate, mi Lear Jet y todas esas cosas que acompañan a los millonarios. Era realmente bueno codearse con la gente y no ser reconocido en la calle.

—Qué tal, Epifanio —dije a través del audio, aunque él podía asomarse por la ventana del tanque y mirar mi rostro descompuesto—. ¿Se puede hablar contigo a solas?

—Por supuesto; vamos a la bodega.

Los doscientos cincuenta años de Epifanio lo golpean a uno hasta la médula; era un hombre lleno de sabiduría y experiencia, el cual me hacía pensar seriamente en volver a repetir la escuela primaria. Era un niño encerrado en el cuerpo de un anciano con un cuarto de milenio a cuestas. Nunca sufrió ninguna enfermedad; ni siquiera el más leve estornudo.

Bajo las luces de la bodega acercó su rostro al mío, con la lengua apretada entre sus labios y las manos en su cadera.

—¿Es mi imaginación o te ves peor que nunca?

Mierda, pensé. No sólo tenía los huesos hechos puré, sino que me veía como muñeco abandonado de aparador.

—¿Qué ocurre? —preguntó Epifanio, preocupado.

—Me preguntaba si podrías hacer un trabajo para mí —respondí, con la voz lo más clara posible.

—Hace mucho que ya no hago eso, chico.

—Tú tienes el talento. Estoy seguro de que puedes hacerlo. Tus gallinas...

Probó un poco de caldo al verterlo sobre el dorso de su mano y lo succionó hasta que el sabor cuajó en su paladar.

—Son animales, pruebas; experimentos. Tú eres un paciente.

—Por favor —dije—. Me conoces desde hace cinco años. No te lo pediría si no fuera importante.

—¿Quieres modificar tu sistema óseo? —preguntó Epifanio, echado hacia atrás, con las manos entrelazadas y los ojos desconfiados. Empecé a respirar por la boca, agitado, como si la nariz no pudiera hacer su trabajo completo. Me sentí mutilado en todas partes de mi cuerpo, sin saber qué era; sin energía y sin voluntad.

Entonces dije:

—Tengo osteoporosis múltiple desde los seis años. Mis huesos no sanan y, si no fuera porque no tengo sensibilidad, experimentaría el dolor puro. —Y sin soportarlo comencé a llorar. No podía creerlo; heme ahí, derrumbado, abriéndome de alguna forma con el hombre que tenía la cura en sus manos. Ni siquiera las crueles palabras de mis doctores habían surtido tal efecto.

Tardé bastante en reponerme. Cuando sólo quedó una garganta desgarrada y lágrimas mezcladas en el líquido vertido del tanque, dije:

—Tengo un año de vida antes de que mis costillas comiencen a fragmentarse.

Después de un largo silencio, Epifanio dijo:

—Eso... —Se rascó la cabeza, aún sin entenderlo del todo—. Bueno, eso es algo muy serio. ¿No hay la menor posibilidad de que puedas salvarte?

Sacudí la cabeza, con los puños apretados.

—Siento mucho tu situación, chico —dijo con la voz baja pero sentida.

carne seca —gritó Cucho, saludando a los que ya estaban.

La tierra volaba; se desprendía rítmicamente de esos pies. Era el aire mismo; era única. Sí, estaban todos los nombres de hombre habidos y por haber, aunque fuéramos pocos, pero todos íbamos ahí, a saludar esas gambas del infierno. La negra, la uruguaya.

—*Ni la tristeza me saca la felicidad...* —cantaba agudamente mientras bailaba.

—¡¡Vamos negra, carajo!! —gritamos al unísono, manga de babas, mientras nos sumábamos al ensamble.

—*Hoy cuento historias de piel morena, escritas en un tambor...* —Hacía una pausa y giraba en el lugar.

—*El fuego que enseña al cuero...* —coreábamos, todos desafinados.

—*Hoy cuento historias de piel morena, semilla negra que forjó...* —igualaba el volumen percutivo sonriendo a la vez.

—*El fuego que enseña al cuero...*

—*Cadena sana que nos une, cobra forma, aprende a hablar...*

—*El fuego que enseña al cuero...*

—*No diferencia tribu alguna, mentes a liberar...*

—*El fuego que enseña al cuero...*

—*Templa el cuero que cubre el alma, siempre como la vida...*

—*El fuego que enseña el cuero...*

—*Un encuentro místico, un lugar...*

—*Lo canta todo el pueblo...*

—*Un encuentro místico, un lugar...*

—*Lo canta todo el pueblo...*

—*Un lugar, en el mundo...*

—*Un lugar, en el mundo...*

Cuando retumbaba como un corazón, uno se perdía. Sin parar, comenzábamos a caminar, a desfilar sonoramente por uno de los pasajes de tierra, alejándonos del fuego. Eran originales. Marita, la negra, y el borrego Marito, el pequeño crío, un morenito de seis años. En ese trance mirábamos los edificios destrozados, imaginando la ola expansiva que pudo haberlos causado. En ese trance, un fulgor brillaba en la espalda de cada uno. En ese trance, el sonido transportaba esperanza. Daba un sentido de pertenencia. ¿Qué se tiene, si no, en un mundo así? ¿Y qué en el anterior? En ese trance te acordabas de que podía nevar en cualquier momento. Y de que en Uruguay te cagabas de calor. Pero Marito tal vez había sufrido en serio. Si no caminaba a tiempo con su tambor minúsculo, le daban un esquiáfo. El padre —no, el abuelo— lo corregía con un palazo. Pero quizá no era así; quizá era una exageración. De cualquier manera, las cuentas no daban. En ese trance, Marita, la negra, meneaba los glúteos en paso corto, como aquel que tiene unidos los pies por metal. No me dan las cuentas, porque tiene seis años el pibe. En ese trance formábamos filas, una atrás de otra. Éramos pocos. ¡No rompimos las líneas! ¡Nunca! Yo disparé. Luisito era lungo, de palabra justa. ¿Esperaba un inglés? Sí, otro más. Cucho era morrudo, piola, canchero; el que estaba más en la tierra que cualquiera, el que te pasaba el trapo. Aunque hubiera una luna redonda despampanante no la miraría. ¡Nunca se dejaría morir! Pero no me daban las cuentas; el pibe tenía seis años.

Al menos ese acople con el reloj biológico había cesado; en cambio, era como señaladores en un libro. Una alarma que cuando sonaba proveía entonces un punto ubicable, un lugar, un momento, una actividad específica, hasta un sonido y un aroma. Ésa era nuestra manera de vivir, como los tambores. Una vibración tenue del viento y salíamos disparados. La ciudad era una ruina. ¿Cómo había llegado la guerra? ¿Cómo fue posible? Era el ejercicio que nos demandábamos, porque *ruina* era una acepción mucho más amplia que el mero desparpajo de paredes y vidrio. Sin embargo, ahí estábamos. Con chicos y repiques de madera al hombro; cueros que debían resistir, pues no tendrían reemplazo. Las calles céntricas habían vuelto a ser de tierra, como en las primeras décadas del siglo anterior, décadas que uno había añorado conocer. Sería el cliché de los autos viejos quizá, o tal vez el conocimiento de la neutralidad sur en la Primera, que tal vez no era tal. Fuentes decía que en un campo de Europa nacía un niño que se embarcaría solo. Solo en un viaje de meses cruzando el océano. Al llegar tendría un tío esperando. El mismo tío o, en caso de primos celosos, uno adoptivo, terminaría por enseñarle el oficio que llevaría toda su vida; digamos zapatero, peluquero, etcétera. Oficios que sus hijos irían desapareciendo paulatinamente. Pero a éstos, tarde o temprano, algún sentimiento los haría cruzar el océano una vez más; el *loop*. Ves, eso no es neutralidad, marcaba Fuentes. Vivir en el culo del mundo no es ser neutral; por el contrario, es un nexo de acumulación de vivencias de todos

los rincones habidos y por haber. Vivencias que dejan huellas más borroneas que en cualquier otro lugar. Por lo que la añoranza, como yo le decía, era en realidad estar ahí mismo, sin poder ver claramente, distinto de querer ir. Y, más aún, en el culo del mundo todos llevábamos, sí, el escape en barco, pero además el latigazo al negro, la persecución del malón, el genocidio al gitano, el lumpenismo de todo un planeta.

—Yo no entiendo nada, pero... los chinos barrieron con todo —prosiguió Cucho.

—Sí, eso sí. No; en realidad habían adquirido a lo largo de los años deuda pública, empresas privadas y, por último, territorios —rememoraba Fuentes mirando al suelo mientras caminaba.

—Fuentes, ¿China no invadió Europa y Estados Unidos? —repliqué.

—No. Sólo mandó gente a habitar los lugares que le correspondían en cada país. Después de eso, agarrate —contestó.

—Y arrancaron como conejos —dijo Luis con una mueca sonriente.

—La ley del hijo único no se aplicaba fuera del país. Se forman, eh... Había un nombre, eh... —trataba de recordar Fuentes.

Entonces llegamos al fuego. Una actividad, la tocata; un sonido, el tambor; un aroma, la ceniza. Todos los remanentes, los pocos que quedábamos, caían ahí. Ya no había "el asadito"; era juntar conservas de lo que fuera. Por suerte, la yerba no vencía. Ni aunque tuviera fecha.

—Buenas, buenas, y Dios bendiga al único hijo de puta que vendía

—Siempre he querido jugar pelota en el parque —dije—, bailar, aprender buceo y partirle la boca al primer sujeto que insultara a mi novia. Pero todo eso no sucedió. Mis padres se empeñaron en darme la mejor educación posible y la mejor preparación profesional, pero... Bueno, supongo que la vida está llena de carencias. Sólo que esto es... injusto.

—Entiendo.

Después de eso, sentado en esa bodega sofocante con olor a gallina encerrada, lo miré con impaciencia. Supongo que el filo de la muerte nos hace rápidos para llegar a una conclusión; quizá sea porque no hay tiempo para darle vueltas al asunto. Pero el aturdido era yo y no él, por lo que su vasto conocimiento en modificar sistemas físicos era mi última carta contra la muerte. Todo el dinero y el poder del mundo valían la voluntad de Epifanio para ayudarme a conseguir reponerme de esta terrible enfermedad.

—De acuerdo, no me digas nada. Tú quieres someterte al proceso de regeneración ósea, ¿verdad?

—¿Quiere decir que lo harás?

—Quiero decir que será difícil. Una cura contra la osteoporosis múltiple no se consigue en las farmacias.

—¿Recuerdas a alguien que haya sufrido el mismo problema con ésta o alguna otra enfermedad? —pregunté.

—No —contestó tajantemente—. De hecho, en mis viejos tiempos la medicina resultaba ser una especie de oficio primitivo. —Levantó la vista—. Lo que me preocupa es otro asunto: ¿qué te hace pensar que

ésta será la última intervención en tu organismo?

—¿Qué quieres decir?

—Hoy es la movilidad; mañana puede ser que quieras unos pectorales de fisicoculturista o un bronceado de actor de cine. Una vez que nos acostumbramos a aquello que quisimos con todo nuestro deseo, deja de ser un sueño y se convierte en rutina, costumbre, algo encajado en nosotros. Entonces deseamos otra meta, esta vez más imposible de cumplir.

Tardé bastante en reaccionar. En cuanto uno tiene un problema que tenga que ver con las leyes naturales, lo importante es buscar los mil y un caminos que la ciencia puede ofrecer para llegar a una resolución. Entonces comienzas a estudiar el problema como un autodidacta o un simple hombre que recaba experiencias y las aplica para llegar a un resultado.

Por supuesto, yo tenía todo el dinero del mundo. Pero, como me lo habían dicho los doctores, lo que no tenía era tiempo; de modo que debía hacer uso de cada uno de mis recursos disponibles y lanzarme al vacío en espera de que la ciencia milagrosa me salvara con sus alas.

Cerré los ojos dentro del tanque.

—Oye —dijo de pronto Epifanio—. ¿Estás bien?

Parpadeé y alcancé a llevarme una mano a la frente. Mi vista comenzó a nublarse. Mi desmayo fue instantáneo. Epifanio había inyectado un poco de esencia de alcohol sobre la abertura y de nuevo me sentí de vuelta al mundo.

—¡Caray! —murmuré—. Creo que estoy comenzando a delirar.

Tapó el frasco de alcohol potente y dijo en tono preocupante:

—¿Qué te hace pensar que tu organismo reaccionará igual que una de mis gallinas?

—No lo pienso, Epifanio —dije—. Lo espero.

Tuvo que pasar una semana para agendar la operación.

Me hicieron pasar por la sala de lavado. Me afeitaron con delicadeza el cuerpo y el cráneo como si fuera una muñeca de porcelana. El mero hecho de contemplar esas luces de quirófano me dolía. Mis brazos y mis piernas fueron tendidos y acomodados con delicadeza. El dolor se aferraba en cada punto de mi débil cuerpo; podía jurar que en cada resquicio del universo. Lo peor de todo era que tenía una sed horrible, como si hubiera atravesado un desierto y no me hubieran dado oportunidad de probar una sola gota.

Tenía la cabeza ajustada a un colchón. Era una sensación extraña, dado que antes había flotado y ahora estaba rígido. No podía siquiera mirar mi huesudo y raquítico cuerpo, debido a la terrible fuerza de la gravedad.

En algún lugar de la incertidumbre, en las fronteras de la parálisis, hubo miedo, miedo de quedar paralizado para toda la vida; inservible para levantar un vaso e impotente para hacer el amor. Levanté un poco la vista y me encontré con los ojos de Epifanio, quien con su descomunal figura me otorgó un poco de sombra ante la demoledora presencia de luz.

Aun debajo de la mascarilla, pude notar que sonreía.

—Vamos a empezar, chico. Escúchame bien. A partir de ahora todo va a cambiar, para bien o para mal. Inyectarte este coagulante de citrato de estroncio puede fortalecer tu estructura ósea, pero también puede llevar a la formación de una masa hemática dentro de una vena. Eso incluye bruscos cambios en la pared de los vasos, lentitud de la corriente sanguínea y alteraciones hematológicas que afecten la coagulación.

—Eso se oye mal —alcancé a decir.

—Imagínatelo en todo tu cuerpo. Si eso ocurre, da por sentado que estaré cometiendo un asesinato.

—Ahora entiendo por qué me hiciste firmar esa carta de no responsabilidad.

Epifanio me ignoró y se borró de mi vista.

Respiré lenta y regularmente. Apenas estaba enterado de la presencia de Epifanio y de su equipo de técnicos. Esperaba con ansias a que me anestesiaran, me apagaran las luces y me sumergieran en un sueño cálido y liviano. Algo me oprimía los hombros y la cabeza como si se fueran descomunales abrazaderas. Intenté desembarazarme con algún movimiento involuntario, pero me resultó imposible.

Una enfermera con el rostro cubierto tomó uno de mis débiles brazos y lo torció con brutalidad para inyectarme una aguja. Podía sentir el químico correr por mis venas, como si se tratara de una sanguijuela en arroyo nuevo. Por fortuna sólo se trataba

—¡Si éste hablara! —dijo Fuentes, sorbiendo ruidosamente—. Pero terminaría por contar sobre cuatro tipos mateando en una catedral.

Así era Fuentes; un filósofo, incluso con su barba prominente. Tenía una capacidad innata para contar historias, parábolas, planteos, interrogantes que de alguna manera siempre volvían al mismo lugar. Aunque se lo dijéramos, siempre supimos que para él era algo distinto; algo más tipo la mochila del karma, decía. Es decir que, donde los tres veíamos un círculo, él veía una recta, que a su extraño modo trataba de enseñarnos.

—En definitiva, sigo proponiendo el ejercicio de los cuatro días; ¿a quién carajo esperamos? —prosiguió. El Cucho se levantó hacia uno de los ventanales rotos lindantes.

—No, pará; no rompimos las líneas tampoco —dijo Luis, aletargado.

—¿Y Cucho? ¿Escuchás algo? —pregunté.

—Creo que sí; ahí te digo —contestó con el oído atento al exterior.

—Mirá la Monchita que linda; la franeleé toda ayer —dijo Luis sonriente, mientras pulía la ametralladora ante una mancha microscópica—. Y siempre espera un inglés. ¿O no?

—¡Ahhh!, franeleás con un cacho de metal; te pegó feo el veterano. No sé; bueno, entonces, si recuerdo bien, crisis europea, caen las capitales, cae Madrid, cae Londres, cae Berlín, cae París. Bueno, pará, Luisito —dijo Fuentes, y con una pausa corría el brazo de Luis, que seguía puliendo a la Moncha.

La Moncha era una antiaérea; en realidad era un doblete de cañón

y “ametralla”. Un híbrido hecho en casa de rejunte de partes, no por nosotros. Pero supimos que uno de los últimos obispos había accedido a ubicarla en una de las torres de la catedral, e incluso realizaba guardias. El nombre sí se lo habíamos puesto nosotros. Fuentes y yo habíamos ido al mismo colegio y terminamos por asociarla con una profesora suplente de artes visuales, que parecía tener tres tetas. La señora, apodada la Moncha, enfatizaba en esas horas perdidas en el tiempo, de una materia que no existía, las vicisitudes del primer plano y el primer primerísimo plano, que era en esencia lo que la Moncha, nuestra Moncha, requería para bajar algo.

—Luego Ámsterdam, Roma, Praga, Viena —completé—. Comienza la emigración.

—¿Y, Cucho? ¿Nada? —preguntó Fuentes—. Y los sudacas, acostumbrados a recibir hasta los nazis —concluyó mientras cebaba.

—Nunca cerraron las puertas; es más, perdieron la llave. Los nazis volvieron —farfulló Luis.

—No confundas. Por eso te digo, cada cuatro días, si no mandamos que el yanqui invadió el Congo y cualquier cosa.

—¿Y, Cucho? —gritó Fuentes al que volvía de los desarmados vitrales que supieran filtrar la luz del Sol.

—Sí, se escucha; capaz que están un poco más lejos o que el viento va para otro lado. Agarremos las cosas y vamos, que el fuego puro es mejor —respondió Cucho.

En realidad, la armonía del paso del tiempo, el día y la noche, era vaga.

EL LOOP DE FUENTES

FEDERICO M. ALDUNATE

Estaba escuchando todo. Me había despertado, pero sin abrir los ojos, y así los mantenía. Lo raro era que no veía todo negro, sino un naranja de atardecer, a pesar de que apenas nos iluminábamos con una vieja lámpara de kerosén y afuera la noche moteada de estrellas había caído hace rato.

—Digo, ¿no? Así como el hombre se separó de la naturaleza en algún momento, no por las ciudades, pero... dejar de comer tierra, por ejemplo, como los niños y los seniles. Algo al revés tiene que pasar; no te digo que revivan los muertos, pero digo qué desarraigo podría tener ella con nosotros.

—¡Otra vez el *loop* de Fuentes! Dale, pasame un matecito —dijo Cucho.

—Yo también quiero uno, Fuentes —dije.

—Ya pasó una vez y así nos fue —retomó Luis.

—¿Qué pasó? —replicó Fuentes.

—Que revivió un tipo, como dijiste, y así nos fue.

—Blasfemo, ¿dónde estás sentado? —gruñó el Cucho desde la otra esquina.

Tenía razón. Estábamos medio atrincherados en la vieja catedral de La Plata, los cuatro, en comunión alrededor de la Moncha, en una de las tantas rondas de mates con vista al horizonte; no sé si defendíamos algo, o que de costumbre era ya uno de nuestros lugares. Me preguntaba por qué me había dormido. Parecía que hacía horas que estaban hablando, porque hubo el lujo de una pausa.

—Che, ¿y que hablen los animales? —propuso Luis.

—Esa es buena, eh. Pero hace rato que no veo ninguno —dijo un más calmado Cucho.

—Es el mate el que tendría que hablar. Nos contaría el pasado, sabría más que nosotros. Un monstruo —dije.

del anestésico, y así todo dolor y peso se esfumaron.

—Bajen la plancha —ordenó Epifanio. En segundos una gran sección de metal comenzó a descender sobre mí hasta cubrirme por completo. La oscuridad es algo que no suelo manejar bien en momentos de invulnerabilidad. Grité como un poseído, pero ninguna de mis súplicas hizo el menor efecto.

Ya era muy tarde para arrepentirme.

La consciencia retornó a mí como un viejo amigo al que se vuelve a ver después de un largo tiempo; sin embargo, traía consigo a un viejo enemigo, llamado dolor.

El sufrimiento se había asentado en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo —con excepción obvia de mis piernas—, y se debía principalmente a que no disponía de mi tanque, que aligeraba el peso de la gravedad. No tenía hambre, pero el solo hecho de pensar en comida me causaba náuseas. En cuanto a la vista, no tenía idea de dónde estaba.

No percibí ningún sonido; creí que se trataba de la reacción a algún potente alucinógeno mezclado con la anestesia de Epifanio. Quitando el hecho de que me dolía el cuerpo, podía sentir el contacto entre mi carne dorsal y la dura superficie plana de una mesa. Entonces advertí que estaba desnudo.

Así pues, el quiropráctico más experimental de la Tierra era también un fanático del nudismo ajeno. Acaricié la esperanza de golpearlo con mi puño en cuanto lo viera. ¿Qué

había hecho para que Epifanio me abandonara tan cruelmente y de paso me hiciera desfilar en una pasarela del sufrimiento? Deseé que no quedaran lagunas en mi memoria luego de esto, así podría relatar al juez el injusto trato de “mi amigo”.

Por alguna razón desconocida, aquel aterrador modo de pensar me hizo carcajearme, casi a punto de soltar la orina. Las carcajadas salieron como una serie de ahogados y secos aullidos, pero me ayudaron a despabilar por completo. Abrí los ojos después de varios frenéticos parpadeos.

Quise levantar el rostro pero me resultó imposible: la gravedad me mantenía pegado a la superficie de la mesa. Al mismo tiempo me resultó imposible mirar mi raquítico cuerpo. La única vista que tenía era la de un gran foco encima de mí, bañándome y exponiéndome con toda su potencia.

Con un estremecimiento de esperanza desplazé a duras penas mi mano izquierda hasta la pierna, valiéndome de fuertes arrastres. No fue fácil; todo el movimiento requirió casi media hora. Me pregunté si podía mover las piernas tan sólo con mi pensamiento. La última vez que lo intenté resultó que tuve un espasmo justo en el borde de unas escaleras que daban hacia abajo. Me hizo caer de boca en el descansillo. Ya en el piso inferior me recogieron con espátula y, si no fuera por mi condición de *playboy* millonario, seguramente me hubieran arrojado al depósito de basura orgánica.

Cerré los ojos y me concentré en mover mis piernas. De pronto, mis

muslos se tensaron. Todo mi cuerpo ignoró el peso de la gravedad y dio un pequeño salto, como si reconociera por fin la existencia de algo debajo del ombligo. Mantuve la tensión por espacio de diez segundos y descansé.

Al mismo tiempo, moviendo la quijada a derecha e izquierda, comencé a separar la cabeza de la mesa; había empezado a levantarla y a girarla a través del pecho. Fue ahí que por primera vez miré con asombro mi cuerpo transformado: ahora se expandía una delgada capa atomizada de carne y músculo en el pecho.

No me había dado cuenta de que mi cuerpo estaba retorcido; el pecho no estaba proporcional a mis hombros y las piernas se entrecruzaban. No obstante, mis nuevas y mejoradas piernas comenzaron a funcionar; primero enderezándose, encontrando la postura adecuada. Eran fuertes, de eso estoy seguro, pero les faltaba práctica, como al monstruo de Frankenstein vuelto a la vida.

Por fin me giré lo bastante para poder ver el laboratorio. Mis ojos alcanzaron a vislumbrar la gran extensión atiborrada de poleas y grilletes, todo acompañado de rollos de cadenas.

Mi mejor movida fue haberme caído de la mesa. El piso estaba terriblemente frío. Pensé que me quedaría ahí pegado o que dejaría pedazos de piel arrancados. Se trataba de un azulejo bastante pulimentado. Cualquier alimento se conservaría muy bien en su superficie, debido a su baja temperatura. Creo que olía a gallina congelada, pero no estaba muy seguro de eso.

Escuché un leve arrastre de cadenas que comenzaba a cobrar intensidad. No tuve tiempo de ver qué era aquello, debido a la poca movilidad. Cuando menos lo pensé, dos argollas se cerraron sobre mis muñecas y fui levantado en vilo. Las cadenas se tensaron. El dolor fue tan fuerte que pensé que mis brazos se zafarían. Hubo un destello al fondo, no más brillante que una chispa centelleando en un lago. Sentí un aguijonazo en el muslo, como si intentaran marcarme con un instrumento afilado. Las cadenas no me permitieron tocarme.

No tenía sentido pedir auxilio. No tenía voz. Toques de malestar culebreaban dentro de mi cuerpo. Como no podía dejar de respirar, intenté inhalar del modo menos doloroso. Los jadeos resultaban agotadores. Sorber el aire en pequeñas bocanadas dolía menos.

Las cadenas se aflojaron de súbito y caí al suelo. Hubo cientos de ruidos ahogados, cada uno lamentándose de mi presencia.

Giré y observé dos caras grotescamente afelpadas contemplándome. Eran las gallinas. Una de ellas tenía una apariencia bastante normal, salvo porque carecía de alas. La otra gallina era una caricatura increíble: había crecido descomunadamente, casi del tamaño de un mastín napolitano. Notó que la observaba y emitió un cacareo.

Descubrí que había decenas de ellas. Otra gallina llevaba diminutas alas, parecidas a manos humanas, apretadas contra su pecho escamoso. Un laberinto de tentáculos sustituía a las patas. Su pico en forma de

El escritor le tendió el lápiz a Mónica y un chispazo de electricidad estática separó sus manos. Por los dos cruzó una sombra remota que los paralizó en las sillas. Mónica enfocó la vista de nuevo; el público se había multiplicado por dos. Junto a cada atento espectador, un encorvado, un enfermo o un robusto pero herido patriarca tomaban notas en polvorientos cuadernillos. Carlo, estremecido, palpó bajo su nariz en busca de aliento. Miró el espacio libre de la carpa; luego a su compañera. Guiñó los ojos, como evitando un rayo de sol imaginario.

—¿Don Gambettola? —balbuceó, y Mónica vio al hombre asentir.

—Ha dicho que sí, señor.

—¡Rápido, dime cómo viste, qué está haciendo...!

Mónica obedeció con el mayor detalle de que fue capaz. Carlo escuchó atento y, al terminar ella, se palmeó la barriga, satisfecho.

—¡Qué suerte, don Enrico Gambettola es quien escribe mi vida! No está mal; dile que me divierten sus libros y que el punto de giro de mi boda fue un detalle hermoso. ¡Ah!, y que me busque un buen final. Un escritor respetado se demuestra en el tercer acto.

Después de transmitir el mensaje, Mónica escrutó a su alrededor; ya no había rastro del hombre del jersey ni de los otros escribas.

© JOSÉ LUIS CARRASCO, 2013.



JOSÉ LUIS CARRASCO SÁNCHEZ-ALGABA
(España —Madrid, 1980—)

Activo escritor, en **NM** publicó “Una cierta forma de justicia” (# 22), “En la noche de Beltane” (# 24) y “El elemento sorpresa” (# 27). Administra la ciberbitácora “El bosque de Boole” (<http://elbosquedeboole.wordpress.com>).



**AHORA TAMBIÉN PUEDE
CONSEGUIRLAS POR:**



PAGOS CON TARJETA - ENVÍOS POR CORREO



Realmente costaba pensar con tanto calor. Casi percibía el vapor emanando de la arena. Se pasó una mano por el cuello para separar su pelo de la piel, y sus dedos rozaron otros que no eran los suyos. Unos dedos más rellenos y callosos, de tacto áspero y yemas secas, jugaron con las puntas de su cabello antes de alejarse.

En un acto reflejo, retrocedió con brusquedad. Pocos le hicieron caso, ni siquiera cuando se frotó los brazos para quitarse un frío repentino en los huesos. Buscó a tientas su bolso, a sus pies. Un abuelo y su hija parlotaban con Carlo, interrumpiendo las firmas. Gracias a esos segundos Mónica pudo sacar su espejo de maquillaje. Lo orientó frente a sí, con la excusa de arreglarse el pelo, hasta tener a tiro a la gente de atrás. Ahí seguía. Balbuceaba incoherencias, asido a la falda de una mujer. Para mantener el equilibrio, acaso, o quién sabía la razón.

Con el libro sobre las rodillas, anotaba frases cortas, indecifrables para Mónica, y cada una de ellas parecía ejercer de pivote de los acontecimientos a su alrededor. Si se detenía, todo quedaba en calma, pero al enfrascarse en su viejo cuaderno las cosas reverberaban. El editor de Carlo se acercaba a decirle algo, un niño le pedía una foto juntos o un joven estudiante español practicaba su italiano con él.

Buscó en el horizonte a Gregorio, su coordinador, o a Fernando, el jefe de prensa, que rara vez dejaban la carpa. Quizá estaban ahí, pero no conseguía verlos; las oleadas de aficionados ocultaban incluso el ámbar

de la luz de la tarde. La gruesa tela de la carpa barría a los curiosos hacia ella, cada vez más cerca. El hombre del jersey se quitó la gorra con parsimonia para secarse el sudor y dejó a la vista una gruesa brecha en su cabeza, embadumada en sangre seca de color oliva.

Carlo le acercó papel para que le tradujera otra frase. Escribió dos líneas pero el lápiz se le escurrió al suelo antes de terminar.

—“¿Cuidado con el hombre del jersey?” —El escritor repasó confuso las palabras.

—Lo siento. No sé por qué lo he escrito. Lo siento.

Mónica palpaba la tierra en busca del lápiz. La sangre fluyó veloz en su cabeza y despejó sus sentidos. Recuperó la orientación, y el olfato, abordado por el persistente hedor del hombre del jersey, y el tacto, para notar la grasa de sus dedos aún en sus hombros.

—No, no, tiene mucho sentido, señorita, ¿qué hace? ¡Míreme a la cara, *per favore*!

Curioso por la actitud de su ayudante, Carlo encaró los aficionados que hacían equilibrios contra la carpa, a sus espaldas. Vio frente a sí una mujer con un abanico y a un chaval con una cámara de fotos, entre los cuales Mónica distinguía al hombre del jersey. De sus labios resecos ahora salía un tubo de plástico por el que corría un líquido incoloro hacia una bolsa de suero sostenida por un trípode metálico. El cuerpo se marchitaba, pero en sus ojos destellaba la conciencia y su mano sostenía con firmeza el libro.

garfio picoteaba el maíz tirado en el suelo.

Había una bastante peculiar; tenía una sola cabeza, pero junto a lo que parecía ser su cuerpo original le crecía el desplumado cuerpo de una cría desde el pescuezo. El cuerpo del polluelo, limpio y saludable, movía las patas con ritmo hipnótico.

Miré alrededor. El *show* de gallinas transmutadas continuaba. No había una sola que aparentara normalidad. A una de ellas le crecían dos o tres tumores en la parte exterior del abdomen, cada uno moviéndose con independencia.

Una gallina se me acercó. Además de las patas y las alas, tenía zarcillos por todo su cuerpo. Algunos de aquellos apéndices tenían un aspecto viscoso y oscuro. Con ellos recogía el maíz del suelo y se lo llevaba al pico. La gallina cacareó, sin razón aparente.

No tenían inteligencia; al menos, no la proporcional a una gallina común y corriente. Chocaban entre ellas a cada momento y volvían a repetir el mismo error una y otra vez. Debían tratarse de los experimentos fallidos de Epifanio. El que yo fuera llevado a ese lugar me hizo suponer que algo malo había ocurrido conmigo.

Lancé un grito. Era el terrible grito de un psicótico, de un borracho aterrado, de un animal frenético. La bandada desarrolló una furiosa actividad antes de que llegara una sombra a posarse sobre nosotros.

Volví a gritar y descubrí que podía hablar de nuevo. Un nuevo aguijonazo me hizo hundirme en una espiral de dolor.

Cuando desperté, esta vez me quedé tendido durante un rato, recordando aquel momento en que me hicieron levantar un lápiz del suelo en la escuela, sólo para reírse de mi condición.

Me parecía que habían pasado ya miles de años. No había rastros de Epifanio, pero sí de una de sus enfermeras.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—Me duele la cabeza —alcance a decir.

—¿Y aparte de eso?

—Tengo sed. Deme algo para beber.

Llegó con un vaso de té helado. Esperé a que me lo llevara a la boca, pero no lo hizo.

—¿Qué hace? —preguntó, entre indignada y divertida—. No piense que le daré de beber. Usted no es ningún nene.

—Pero yo estoy...

—¿Usted está qué?

—Parali...

En menos de un segundo me vi sujetando el vaso. Como si fuera un sueño, lo bebí con naturalidad, totalmente controlado. Nos quedamos mirando por unos segundos; ella curiosa y yo con una jodida jaqueca que no dejaba de atronarme.

Me volví y encontré el calendario. Había pasado un año exacto desde la operación. Salté de la cama, pero mis nuevas y rellenas piernas aún no se acostumbraban al andar. Me derrumbé en una silla, drenado por la excitación. Asentí a la enfermera con una sonrisa.

—Lo hizo —susurré—. Lo hizo conmigo. Pudo haber fallado y aun así lo hizo. ¿Tiene algún sentido?

—Claro que lo tiene.

—Empezaré todo, entonces. Desde el principio. Soy joven y fuerte ahora.

—¿Ahora? —preguntó, sorprendida—. Está demasiado cansado. La operación no fue fácil.

—¿Dónde está Epifanio? —Me levanté de la silla—. Quiero agradecerle personalmente.

—Cometió un error —dijo la enfermera—. Él no quiere verlo. Tiene miedo de que usted le exija otra cosa.

—¿Por qué? —pregunté, curioso.

—Todo este nuevo ánimo no le resultará suficiente... No querrá detenerse.

Estuve a punto de reírme. Pero no lo hice.

—Lo cree así, ¿verdad?

—Por lo que respecta a esta granja, usted nunca estuvo internado —dijo ella, con firmeza—. ¿Entendió?

Me adelanté y estreché su mano, con una mezcla increíble de suavidad y de fuerza, una suma de poderes cuya existencia desconocía. Conmigo estaba la luminosa fascinación en el mismo acto de poder respirar, caminar y tocar al mundo.

—No se preocupe —dije—. Con esto es más que suficiente.

Al salir, mis criados me esperaban en la sala de espera. Se sorprendieron al verme caminar, aún con ayuda de los enfermeros. Cuando me entregaron a ellos, me negué a su auxilio. Entonces algo se movió en la barda, muy cerca de un gallinero, en plena oscuridad. Traté de determinar qué era.

Se trataba de una gallina, tan musculosa y sana como yo lo estaba. Dio tres o cuatro pasos; sus alas alestearon y emprendió el vuelo al salir por la ventana. En pleno aire se desplegó como lo haría un águila real o un aeroplano, intentado reconocer un espacio recién descubierto. Me quedé observando al animal durante un largo rato, asombrado y curioso, hasta que finalmente se perdió más allá de las colinas.

Me despedí de la gallina voladora y salí del negocio de Epifanio, no sin antes desear, en lo más hondo de mi corazón, poder volar igual que ella.

© MAURICIO DEL CASTILLO, 2013.

MAURICIO DEL CASTILLO
(México —México, D.F., 1979—)

Licenciado en Comunicación, colaboró con **NGC 3660**, **BEM online**, **Sitio de ciencia ficción**, **Otro Cielo** y **Axxón**.

En **NM** publicó "Edipo, viajero en el tiempo" (# 23) y "La respuesta está en el centro" (# 26).

de elegantes cubiertas decimonónicas. Como el señor no hablaba castellano, anotaba los nombres de las dedicatorias en un papel. La larga cola serpenteaba alrededor de las mesas de la cafetería y giraba cuarenta y cinco grados para rodear la carpa hasta la lejanía. Mónica no recordaba una asistencia comparable y temió que los autores siguientes se solaparan y debieran compartir mesa con aquel célebre italiano.

Pronto, no sabía si por el calor, la cantidad de público o la mala ventilación de la carpa, comenzó a sentirse mareada. Debí comer el bocadillo que su prima le trajo al mediodía. O comprar la botella de agua del quiosco. Las palabras del gentío eran un barullo caótico. El autor se interesó por su salud al notarla tan pálida; ella le restó importancia con un gesto de la mano y se agarró al asiento. El escritor continuó sus dedicatorias, pero no le quitó ojo.

Movió su cuello a derecha e izquierda para desentumecerlo, y le sorprendió verse rodeada de espectadores. Apenas cabían, estrujados entre la mesa auxiliar y el toldo blanco. Se abanicaban, no paraban de hacer fotos, la mayoría miraba con impaciencia. No esperaban autógrafos; sólo los movía la curiosidad. Trató de centrarse en las firmas, pero algo la obligó a mirar otra vez. Alguien la observaba. Descartó del público a los más inocuos y encontró un individuo de barba rala, jersey de punto deshilachado y gruesos pantalones.

Cualquier otro se hubiera cocido en su propio jugo con aquella ropa. A Mónica le afectaba, desde luego

más que a él. Se lo veía solo, no hablaba con nadie y en ocasiones emborrataba febrilmente a lápiz un libro de hojas carcomidas. El resto del tiempo mantenía sus ojos hundidos en ella. Hasta el puesto, a medio metro apenas, llegaba el mal olor de un cuerpo que no se ha duchado en semanas. Juraría que él era la fuente.

Notó unos dedos en su espalda. El escritor italiano quería que interpretara las palabras de un fan en el papel.

—“Para Carlo”, es lo que dice —explicó en inglés.

—¡Carlo! ¡Un tocayo! ¡Fantástico! —rió el hombrecillo, en el mismo idioma, con un fuerte acento.

Mónica rió también, pero de soslayo buscaba al barbudo entre la multitud a su espalda. Dejó caer adrede uno de sus céntimos plateados y al recogerlo echó un vistazo. Cuando no arrugaba las páginas del libro, emitía miradas interrogantes y mordía las uñas negras de sus pulgares. De los bolsillos rotos asomaban varios pañuelos sucios, que a veces toqueaba. Era chocante que a nadie más le molestara su olor.

Echaba de menos una mayor presencia de agentes de seguridad en el festival para sentir más confianza en aquellas ocasiones, pero el director de los Encuentros, un intelectual de mucho carácter, no soportaba ver policías en sus dominios. Mónica trabajaba mejor con todo en orden, pero si desviaba la atención de los libros, cualquier amigo de lo ajeno afanaría uno. Ésa fue la primera advertencia de su prima.

no sentía especiales deseos de rebelión. Estaba muy ocupada registrando en su diario sus confusiones para embarcar más allá de su tranquilo barrio costero. La paga, además, no daba para excesos. Si acaso, material de papelería de cierto lujo para foguearse en sus ficciones.

Sólo pedía visitar el baño alguna vez, pero el ritmo lo imposibilitaba. Sí, la percepción temporal no era la misma pasado el recinto de vallas blancas. Animaba la ciudad su mezcla de tonos; la noria rojiza se estampaba contra el cielo gris. En un mural frente a las carpas, varios artistas compartían sus opiniones. Por el aire sonidos diferentes competían por ser escuchados. Cerca de la feria, los animadores lanzaban su desafío: “¿Quién se atreve con el tiro al plato?”. Las voces en la zona literaria, más prudentes, debatían en las tiendas. Mónica buscó el mejor término posible; sólo halló la complejidad y singularidad necesarias en el adjetivo “idiosincrático”. Su reptar sinuoso desembocaba en un sobreesdrújulo choque de consonantes. En un estallido semejante cobraban vida propia los olores y canciones de la feria.

Según el calendario llevaban dos días de festival. ¿Por qué sentía entonces el cansancio de un mes? En la primera jornada apelotonaron diez ruedas de prensa en cinco horas. Mientras cada escritor tomaba asiento frente a su audiencia, ella atendía al anterior en sus sesiones de firmas de autógrafos en su puesto, una mesa adyacente a la principal.

Desde allí observaba cómo el valeroso intérprete saltaba fronteras

idiomáticas entre autores. Un famoso historiador cubano. Un simpatiquísimo poeta francés. Una escritora de novelas románticas que trajo gominolas para todos. Sólo recuperó el aliento cuando a segunda hora entrevistaron a un editor del norte de España, de aire bohemio, que parecía sacado de una manifestación.

El segundo día fue, a partes iguales, relajado y caluroso. No desanimó al público el descenso del número de invitados en el programa y las ventas se dispararon. Intimidaba un poco aquel colorido grupo humano, que se aproximaba a la carpa envuelto en una nube de polvo del desierto equipado con cámaras, bolsas y botes de refrescos de los puestos de comida.

Se habló mucho de las temperaturas y de un esperado partido de fútbol fuera del festival, y de los vanguardistas escritores de la tercera jornada de puertas adentro. Para Mónica terminaba una peculiar coincidencia. Los dos primeros días había hallado un céntimo en el suelo, de camino a la carpa de coloquios. En el mismo lugar y hora, la punta de su zapatilla derecha había topado con la moneda, semienterrada en la arena, un céntimo plateado, con una fecha ya antigua acuñada en sus márgenes. El tercer día recorrió el callejón de arena entre tiendas, pero no vio nada. No sabía si lo maravilloso del asunto era el hallazgo repetido o su inesperada ausencia.

Tomó asiento, saludó en inglés al primer autor, un italiano risueño de orejas puntiagudas, y le fue pasando los ejemplares de su libro para las firmas. Eran antologías poéticas

NADIE EN TENHAN

JUAN M. VALITUTTI

*Ir de un planeta a otro es como ir a la granja de enfrente.
Cuando usted entró en este cuarto estaba ejecutando un viaje espacial.
("Utopía de un hombre que está cansado",
JORGE LUIS BORGES)*

Atardecía.

Mi tutor y yo arribamos a Altharan bordeando la ribera del Ghinn. Los soles gemelos eran todavía visibles más allá de las altivas Selenas, cuando enfrentamos los portones occidentales que se abrían a las terminales de Puerto Espacial.

—¡Vamos, muchacho! —Mi tutor se detenía de trecho en trecho, mientras yo avanzaba como podía, entre las hojas caídas y los frutos secos de los árboles otoñales, que trazaban el límite con las desnudas pistas de desembarque.

De pronto salimos a un claro del bosque y, con más holgura, nos dispusimos a completar el trayecto restante hacia las dependencias de arribo. No avanzamos veinte pasos cuando yo reparé en una inesperada presencia. Me detuve en seco, y otro tanto hizo mi tutor.

Nos encontrábamos frente a un hombre, sentado en el extremo de un

largo banco. Pero había algo raro en él...

—¡Mire! —dije yo—. ¡Tiene tres piernas!

—¡No seas tonto, muchacho! —Mi tutor reía entre dientes.

Al acercarnos, comprendí mi error. El curioso hombre —un anciano ya— adelantaba un bastón negro como la inminente noche.

Cuando estuvimos a su lado, sólo uno de los dos astros nos alumbraba desde el perfil ensombrecido de las cumbres montañosas.

—Buenas tardes, caminante —saludó mi tutor—. ¿Deseas nuestra atención?

Esperamos una respuesta. Mi tutor conocía las costumbres de Altharan, aunque tuviera dudas sobre el origen del desconocido, a juzgar por lo insólito de su atuendo, de corte sencillo y gris.

El interpelado abrió la boca.

SALUDOS DEL HOMBRE DEL JERSEY

JOSÉ LUIS CARRASCO

—¿Es ése el Charles? —preguntó, señalando los afluentes mermados del Ghinn.

Mi tutor y yo nos miramos. Nuestra respuesta fue negativa.

—¿Es el Ródano? —tanteó.

Negamos, nuevamente. Pero nuestro interlocutor no bajó los brazos.

—¡Es el Leteo! —afirmó, esperanzado.

—No —respondió mi tutor, con visible impaciencia—. Es el Ghinn.

El anciano pareció decepcionado, pero entonces preguntó:

—¿Qué es lo que dijo el muchacho cuando me vio?

Mi tutor me tomó por el hombro.

—Él pensó que era usted alguna clase de... ser con tres piernas. Disculpelo, se lo suplico. ¡Algunas veces su imaginación se adelanta a su visión!

El extraño esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Tres piernas... —susurró, empuñando su bastón—. ¡No otra cosa es el enigma del hombre al anochecer de sus días! —Los llamativos ojos se clavaron en nosotros—. Qué pena que el Trágico nos reserva la cruda tiniebla para el *mutis*, ¿no?

Yo permanecía absorto, pero comprendí que el anciano estaba ciego; mi tutor, por su parte, mostraba signos de ansiedad.

—Llevamos prisa, caminante, así es que...

—¿A dónde se dirigen?

Mi tutor señaló con el dedo.

—Nos encaminamos al Puerto Espacial de Altharan. Debemos abordar un navío que nos depositará en Tranios, la cuarta luna del Sistema. —Mi tutor vaciló—. ¿Se dirige también

a Tranios, a la Convención de Filosofía?

El extranjero —a esa altura no me cabían dudas de que hablábamos con un viajero— no contestó de inmediato, sino que pareció sumirse en hondas reflexiones.

—Estaba sentado en una banca de la plaza San Martín, pergeñando la trama para un cuento, cuando de pronto me hallé en... Altharan, platicando con ustedes. —El forastero volvió a centrar su atención en nosotros—. ¿Hablan latín?

—Hablamos el lenguaje de nuestros abuelos, y el de los abuelos de nuestros abuelos, desde los tiempos en que los Primeros llegaron a este planeta, procedentes de un mundo que hoy ya no existe.

El anciano paseó los ojos muertos a su alrededor.

—¡Entonces ésta es la vasta región donde habita el monstruo verbal que los americanos del norte llaman Ciencia Ficción! —celebró, enigmáticamente.

Mi tutor me rodeó con el brazo, impeliéndome a que continuáramos nuestro camino; yo iba a protestar —no me parecía que pudiéramos dejar a ese hombre varado en medio de la nada—, cuando el viejo invidente pareció adivinar lo que se avecinaba.

Se puso de pie y dijo: —Me dirijo a Tranios, a la Convención de Filosofía. Iré con ustedes.

Yo me adelanté y le ofrecí el brazo.

En el camino a las dependencias de arriba habló de... ¡Literatura! Nos preguntó si teníamos noticias de Edgar Allan Poe, de William Shakes-

De improviso, casi por sorpresa, Mónica consiguió el trabajo, tras varias conversaciones telefónicas insulsas, un par de intercambios de currículums por correo y una larga serie de respuestas ambiguas. Nunca hubo una confirmación oficial; un feliz día la llamaron para firmar el contrato, sin más. En la fotocopia que se llevó a casa todo parecía correcto; todo salvo aquel detalle incómodo de no mencionar el sueldo o la duración real del empleo, que sólo indicaba "hasta fin de obra".

¿Tanta expectación por agasajar a escritores desconocidos para ella y a incansables hordas de fans?, le preguntaban. Mónica respondía: "¡Pues sí!". Porque, en medio de un largo y ocioso verano, era un acontecimiento singular... y divertido. No ignoraba que las semanas previas a la inauguración del festival no le faltarían encargos variados ni, una vez en marcha, las

jomadas maratónicas, hasta la madrugada.

Tampoco, por fortuna, los buenos consejos. Raquel, su prima y antecesora como Responsable Editorial de los Encuentros Literarios de Agosto, era una guía experimentada. Recibirla a media tarde, con gorra y dos ricos helados de pistacho, equivalía a fuga exitosa de su oficina y compañía fiel; un gran alivio. El trato a reconocidos autores y preocupados editores, la organización en filas al nervioso público, el evitar los flases de las cámaras, toda aquella excitación comprensible suponía para Mónica quedar clavada en el puesto, sin posibilidad alguna de movimiento.

No es que pensara ir a ninguna parte. Mónica había celebrado su mayoría de edad en una pizzería de la esquina de su casa, con refrescos y bollos de chocolate. Sus padres aún la trataban como una niña y ella

comenzaron a tomar color. Era el nombre de su novia acudiendo a su mente neblinosa.

A Vanesa no le gustaban las fiestas largas con pastillas y no sería la primera vez que lo abandonaba en esas circunstancias. Eso sí era una de ellas, pero para él era la única explicación para su ausencia.

La cabeza de Hernán pasó al blanco completo mientras mordía el sándwich una y otra vez. El zumbido de las moscas era una música lejana que amenizaba el desayuno. Le pareció la situación más placentera del mundo. Nada como un buen desayuno después de una fiesta loca, llena de

gente, drogas y excesos. No era su primera vez y, mientras daba los últimos bocados, se prometía que no iba a ser la última.

El zumbido de las moscas volvió a ser estentóreo mientras la flor maligna paseaba su último bocado en el interior de la boca. Hernán introdujo dos dedos para retirar un material filamentosos que se negaba a ser tragado y que resultó ser un largo cabello rubio, cuyo extremo parecía haber llegado al estómago. Se quedó mirando con horror.

Otra vez alguien lo abandonaba.

© GUSTAVO VALITUTTI, 2013.



GUSTAVO VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1974—)

Graduado en Medicina, publicó algunos cuentos en revistas electrónicas y ciberbitácoras como **Axxón**, “Bewildering stories” y “Breves no tan breves”. En **NM** publicó “Mamut” (# 23).

peare, de Dante, de Bernard Shaw... No le sorprendió ni disgustó que mi tutor y yo desconociéramos tales nombres. De todas formas, cuando cruzábamos los enormes pórticos de la recepción, hizo un último intento.

—¿Y Jorge Luis Borges?

Recuerdo su beneplácito cuando le comunicamos la negativa.

—¡Óptimo! —juzgó.

Las plataformas bullían con el gentío de múltiples galaxias.

Mi tutor divisó la nave que debíamos abordar, y se adelantó para hablar con su capitán. Yo me quedé rezagado, del brazo con mi imprevisto acompañante.

—¿Cómo se llama usted, joven? —me preguntó.

—Mebbell —respondí.

—Mebbell... —Pronunció con lentitud, como si paladeara el significado recóndito de mi nombre. Inmediatamente, agregó—: Mebbell, no puedo... no debo ir con ustedes a Tranios; en cambio, debo aventurarme por otros jardines... ¡Tengo que volver!

—¿A dónde se dirige usted? —inquirí.

—Bastará con que no me dirija a Tranios —dijo—, y estaré en la voz griega cuyo significado es no hay tal lugar. —El desconocido pareció sentir mi desconcierto, de manera que añadió—: Súbeme a cualquier nave cuyo destino no sea la cuarta luna del Sistema.

Le expliqué al desconocido que tal operación no era tan simple como él suponía. ¿En qué nave debía enlistarlo y con qué destino? Le mencioné los acorazados que circunvolaban la órbita del planeta y que desem-

peñaban la doble misión de controlar el tránsito y ofrecer una vista panorámica de nuestro mundo a los visitantes, pero le aclaré que esa clase de desplazamientos no equivalían a verdaderos viajes espaciales.

Me dedicó una sonrisa que no olvidaré:

—Muchacho —me dijo—, cuando tú y yo penetramos en estas instalaciones estábamos realizando un viaje espacial. —Se adelantó a mi nuevo estado de consternación en estos términos—: Los acorazados estarán bien. ¡De seguro me llevarán de Altharan a los espacios insondables del Cuento!

Busqué los diques. Los hallamos.

El anciano se encaminó por la plataforma que ascendía al carguero, escoltado por un servicial nahoniano. Yo repasé su trayecto desde las barras de avisaje. Cuando cruzó el umbral de entrada se volvió y, sin verme, me interpeló: —¿Cuál es el nombre de este planeta?

—Tenhan —respondí. Entonces pensé que el anciano se iría sin yo saber su nombre—. ¿Cómo se llama usted?

El anónimo caballero no me oyó, pero el amable nahoniano le comunicó mi requerimiento.

Se tomó un momento antes de responder. Finalmente, levantó la vista gélida y me dijo, con una expresión satisfecha en el rostro afable: —Mi nombre, muchacho, es Nadie. —Las compuertas se cerraban y yo vi desaparecer poco a poco al extraordinario viajero—. ¡Cuida muy bien a tu tutor y esfuérzate en recordarle que no sabe nada, y que todo lo que

podemos hacer es fatigar las gratas sendas del olvido! —Nadie levantó su mano y se despidió.

La masa del carguero se elevó con un silbido.

Me quedé mirando, atónito, el punto de luz que se alejaba cada vez más, hasta que una voz a mis espaldas rompió el conjuro.

—¿Dónde estabas, Mebbell!

Me volví. Mi tutor no esperó respuesta. Se encaminaba ya al ala norte

de la plataforma, donde debíamos abordar nuestro navío.

Yo lo seguí, muy de cerca.

Me sentía extraño; pensé que todo había sido un sueño. Sin embargo, aun después de abordar la célula que nos condujo al interior de nuestro transporte, persistía en mi brazo la presión de cinco dedos firmes y sabios...

© JUAN M. VALITUTTI, 2013.



JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Autor ampliamente publicado, administra la ciberbitácora “Crónicas del caminante” (<http://caminante-chronicascaminate.blogspot.com.ar/>).

En **NM** colaboró con “Una flor” (# 11), “La última frontera” (# 13), “¡Oh, por todos los diablos, Doug!” (# 15), “ABC” (# 19), “El frío” (# 21), “Planeta apto” (# 24) y “Lo otro” (# 26).

como una letanía a todos sus amigos y novias, que siempre terminaban dejándolo.

—¡Hambre! —escuchó Hernán en medio de su duermevela y sus ojos se abrieron de par en par. La orden seguía retumbando en el ambiente cuando hizo su primer intento por levantarse. Pisó con los dos pies y trató de separarlos para dar el primer paso, pero las mantas se habían enredado en sus piernas y terminó en el piso. En su segundo intento se paró de un salto, perdió el equilibrio y se estrelló contra la puerta corrediza del placar que estaba a un metro escaso de la cama.

—La puta madre que te parió —le increpó a la puerta con un hilo de voz. Se terminó de desenredar de las mantas recargándose en el mueble y después se tomó con ambas manos del marco de la puerta para impulsarse hacia el pasillo. Mientras avanzaba pudo ver, a través de los vidrios biselados de la puerta que separaba el pasillo del *living*, que sobre la mesa había quedado un sándwich en pan francés que era acosado por enormes moscas. Puteó vivamente y apresuró el paso, pero el dolor de cabeza volvió en la forma de un puñal invisible que se clavó con saña en su ojo izquierdo. Hernán se tapó la cara y dejó escapar un grito que nadie escuchó. Por un minuto todo se fundió en la oscuridad.

Lentamente el hombre invisible que clavaba su cuchillo comenzó a cansarse de su juego y al final lo soltó. Hernán se encontró en posición fetal en el suelo de madera, con la boca abierta en un grito de dolor mudo.

La luz volvió a filtrarse entre sus pestañas tupidas y otra vez la flor maligna se retorció buscando una víctima. El zumbido de las moscas llegó a sus oídos anunciándole que otros comensales estaban ya haciéndose un festín.

Hernán se paró y manoteó el pomo de la puerta que encontró cubierto por una sustancia gelatinosa y opaca. Su mano resbaló una y otra vez hasta que, con un enorme esfuerzo y apretando con fuerza, logró que el pestillo se soltara.

La flor maligna soltó sus jugos pegajosos y el estómago de Hernán gruñió preparándose para comer, pero las moscas arreciaban. Así que él sacudió sus brazos esperando espantarlas, pero ellas estaban empeñadas en compartir el plato. De pronto la flor maligna tomó el mando y las moscas no importaron; por el contrario, el zumbido lo invitaba a comer.

Hernán se sentó a la mesa con la boca hecha agua. No recordaba mucho de la semana pasada y no sabía qué hacía la comida servida. Pero la bestia comemoscas quería comer y ya no importaba nada más.

Dio su primer mordisco abundante al sándwich. Era de una carne elástica y grasosa que lo obligó a tironear como lo haría una hiena de una presa recién muerta.

Las cosas que lo rodeaban se volvieron blancas y silentes. Estaba solo en el universo con su presa. Un olor rancio completaba el ambiente para hacerlo perfecto.

—Vanessa —llamó Hernán, casi sin saber por qué lo hacía, y las cosas

POR UN PELO

GUSTAVO VALITUTTI

Hernán se despertó con un terrible dolor de cabeza, uno de esos que te obligan a permanecer a oscuras y aferrado a la cama mientras el mundo alrededor se sacude sin control. Habitualmente, en esas condiciones, cualquiera sentiría náuseas, pero ése no era el caso. Por el contrario, estaba muy consciente del vacío en su vientre que se abría como una flor oscura hacia la ciénaga repleta de moscas incautas.

“¡Hambre!”, pensó Hernán mientras la palabra se escribía en su mente letra por letra y entonces el mundo dejó de sacudirse en un segundo y la luz ya no fue una enemiga.

—Hambre —balbuceó Hernán, todavía embotado por el sueño, y se dispuso a recorrer el largo pasillo que separaba su habitación del comedor.

El departamento, en el medio de un área que supo ser de talleres mecánicos, era amplio y con aberturas

antiguas. Se hallaba cerca del límite de la provincia y sus ventanales daban a un enorme terreno baldío que alguna vez había sido un estacionamiento.

Ese distrito comercial, nunca recuperado desde la crisis económica, hueco de gente y quieto en demasía, había convertido a Hernán en amo y señor de su lánguida agonía.

Él no se preocupaba por esto; por el contrario, sentía que era una gran ventaja mantener su privacidad y sus vicios ocultos sin ser molestado.

Era domingo y los domingos eran para Hernán los días de levantarse tarde, saltar el desayuno y almorzar lo que había sobrado de la semana. Su costumbre había comenzado en la adolescencia, luego de la desaparición de su madre. Un episodio que le enseñó que la gente no siempre te ama tanto como para quedarse a tu lado y él siempre repetía la frase

EL PRIMER CASO DE LOCURA DE ÑAC

GONZALO SANTOS

Si se tiene la idea hegeliana de que todo es realidad, la locura y, en especial, la psicosis, es imposible: no se puede, en efecto, considerar ninguna percepción como distorsionada. Todo es realidad. Pero si en cambio lo que impera es la idea derridiana de que nada es realidad, si todo es lenguaje, texto, discurso, sucede lo mismo: no hay psicosis sino, en todo caso, distintas maneras de configurar los hechos en bruto. Anarquismo lingüístico.

El pueblo al que llegué aquella mañana parecía pertenecer a la primera categoría. Para esas personas todo, absolutamente todo, era o podía ser real. Los monstruos, los duendes, incluso los amigos invisibles. Había que respetar a quienes tenían acceso a ellos, o cuando menos otorgarle el beneficio de la duda.

Yo pertenezco a la Brigada Superespecial e Interestelar de Psicólogos Experimentales, cuya función, entre

otras, es detectar nuevas formas de locura, en especial las que atentan contra la paz intergaláctica. Me habían mandado a Ñac —de aquí en más utilizaré este nombre— para investigar cómo podía ser que en ese lugar no hubiese locos, algo de lo que yo, por cierto, no estaba tan seguro. Una vez ya había intervenido en una pesquisa similar, pero lo que pasaba verdaderamente era que la gente no sabía lo que era la locura; entonces hubo que enseñarles nuestra taxonomía lacaniana universal, de manera que ellos mismos pudiesen reconocer al loco y, consecuentemente, apartarlo de la sociedad (y en este punto que me disculpen los foucaultianos, si es que, por supuesto, queda todavía alguno).

Cuando llegué a Ñac —un planeta pequeño, frío, bastante distante del sol— me encontré con una cultura primitiva en algunos aspectos, pero

muy avanzada en otros. Sus científicos sabían, por ejemplo, vencer los barridos de la temporalidad a través de agujeros de gusano, pero en cambio no conocían casi ninguno de los métodos de reproducción técnica de la imagen, y no porque practicasen alguna especie de iconoclastia —arduas conversaciones me han advertido incluso sobre lo contrario—; sino, sencillamente, porque nunca se les había ocurrido. Ni siquiera en sus ficciones científicas, que no eran pocas.

Al segundo día de estadía, pedí hablar con alguien que se encargase de estudiar la mente de esos hombres; pero me mandaron con un homínido de medio metro —en realidad, allí los hombres no crecían mucho más— que no entendía demasiado lo que le preguntaba. Hablábamos el mismo idioma —“neoesperanto de la fraternidad intergaláctica”—, pero al parecer no manejábamos los mismos conceptos; algo parecido a lo que me sucedía con mis esposas, que por cierto tampoco fueron pocas.

Decidí entonces encarar la pesquisa por mi cuenta, con la ayuda de los otros investigadores que habían viajado conmigo, de modo que la mañana del tercer día salimos en busca de algún Ñac prototípico, en lo posible con algunos desórdenes mentales —a lo mejor, esquizofrenia—, que pudiese servirnos de objeto de estudio, y que permitiese probar que la locura allí también existía.

Las calles de ese planeta eran estrechas, como lo fueron alguna vez las de nuestro Medioevo. En el asfalto, o lo que fuera, circulaban ínfimos autos —propulsados por ener-

gía eólica— que alcanzaban los cuarenta o cincuenta kilómetros por hora. También había algunas tiendas en las que apenas cabíamos —en una de ellas, por cierto, nos sorprendió vislumbrar los ojos rasgados de lo que parecía ser un chino—, y los edificios más altos no superaban el cuarto piso, cuya altura era más o menos similar a la que corresponde a dos de nuestros pisos, según la medida estándar.

Caminamos un largo rato e intentamos hablar con la gente; pero la mayoría huía apenas nos acercábamos, o nos trataban con poca amabilidad. En una conducta típicamente francesa, parecían no hablar el neoesperanto, o más bien no querer hablarlo, porque la ley prescribe su enseñanza desde tercer grado, en todo intersticio intergaláctico.

Al llegar a una esquina, sin embargo, apareció un homrecito que parecía sentir tanta curiosidad hacia nosotros como la que nosotros sentíamos hacia él. Medía menos de medio metro y tenía la mandíbula crecida de los primates terrestres, parecida también —recordó mi compañero— a cierta representación de los duendes nórdicos. Sus ojos eran verdes y las pupilas, como las de todos los Ñac, eran más grandes que las de nuestros felinos cuando intentan ver en la oscuridad.

Luego de un primer acercamiento cordial, le expliqué nuestra situación —el viaje, el afán de estudiar su “brillante forma de vida”, de llevarme alguna enseñanza— de la forma más breve y persuasiva que pude, utilizando algunos trucos o *tips* retóricos

El más joven me dio el pésame por anticipado y me informó que podía quedarme por allí, para esperar el obvio desenlace.

Les agradecí. Di media vuelta y busqué la salida. Había sido un día bastante largo.

Después de subir a un taxi para volver a casa, tomé la caja y me decidí a abrirla. De una vez por todas.

Nunca hubiera podido imaginarme lo que contenía.

Tenía que entregársela a alguien. Pero no a cualquiera. A alguien que fuera capaz de llevar a cabo lo que la caja pedía.

Vi por el espejo retrovisor que el taxista había observado lo mismo que yo. Y supe que comenzó a desearla, con todas sus fuerzas.

Estacionó a los pocos metros, cerca del sector de entrada y salida de ambulancias, y giró hacia mí. Me exigió la caja y no quise dársela. Por eso mismo comenzó a golpearme. En el rostro, en los oídos, en el estómago... pero no la solté. La guardé en mi bolsillo, a salvo de todo.

Tratando de esquivar sus trompadas, bajé del auto. Sin saber hacia dónde iba, empecé a buscar al próximo destinatario.

Advertí que desde lejos nos estaban mirando. Era un hombre calvo,

como yo, que parecía llevar algo pesado en sus manos.

Lo seguí. Enceguecido por el impulso de compartir con alguien especial el contenido de la caja, fui hacia la galería donde se encontraba. Aún sin saber cómo iba a convencerlo de que aceptara.

Se me ocurrió quitarle el arma a un guardia del hospital. Lo hice y corrí con todas mis fuerzas por uno de los pasillos. Mi corazón latía cada vez más rápido. La sangre ensuciaba mi camisa. Tenía el ojo izquierdo semicerrado y mis dientes...

Encontré al calvo y lo tomé del brazo. Con la pistola apunté a su pecho y lo obligué a correr junto a mí, para alejarnos de todo.

Nos refugiamos en un ascensor. Cuando bajamos en el segundo piso, casi sin aliento, le di la caja y le indiqué:

—No la abras todavía. Sólo después de que me vaya. No cometas los mismos errores que yo.

No tuvo tiempo de preguntarme nada. Allí mismo, cerca del balcón, acerqué la punta del pequeño revólver a mi garganta y disparé.

Caí sobre él. Y mi sangre... por Dios, tanta sangre a borbotones sobre su ropa, sus zapatos y el ramo de rosas rojas que él seguía sosteniendo entre sus manos, como si fuera un maldito trofeo.

© GONZALO SALESKY, 2013.

GONZALO SALESKY
Argentina (Córdoba, 1978)

Profesor de Matemática, trabaja como docente. Sus libros de poemas y cuentos pueden descargarse gratuitamente desde <http://gonzalosalesky.blogspot.com>. En **NM** publicó “Memoria” (# 26).

su mano derecha. Parecía algo grotesco, un hombre desequilibrado corriendo al lado de otro que seguía sosteniendo, como si fuera un trofeo, un ramo de flores. No entiendo por qué en ese momento no pude soltarlo.

Subimos a un pequeño ascensor. Allí bajó su arma y me miró a los ojos por primera vez. Sacó de su bolsillo una pequeña caja de color blanco, cerrada con cinta adhesiva, y me la entregó sin decir nada.

Al detenemos en el segundo piso, volvió a tomarme del brazo y así corrimos hasta el borde de un balcón que se encontraba unos pasos delante de nosotros.

Abajo, la gente había empezado a congregarse. Extrañamente, a pesar de todo, yo me encontraba tranquilo y seguro de que no iba a lastimarme. Algo en su mirada lo decía. Pero aún no llegaba a entender por qué me había dado la caja.

—No la abras todavía. Sólo después de que me vaya. No cometas los mismos errores que yo.

Habló como si estuviera leyendo mi mente.

No tuve tiempo de preguntarle nada. Acercó la punta del revólver a su garganta, debajo de la nuez de Adán, y disparó.

Se desplomó sobre mí. Y la sangre... ¡por Dios! Tanta sangre a borbotones sobre mi ropa, mis zapatos y el ramo de flores.

Me lo saqué de encima. Sentía vergüenza de pensar más en el asco que me producía ensuciarme que en la locura y el drama de ese pobre hombre.

En pocos minutos llegó la policía. Tarde, como en las películas. Sólo

atiné a quedarme sentado, apoyado contra la pequeña pared que nos rodeaba.

Guardé la caja en el bolsillo. Tuve la tentación de dejarla tirada o de esconderla en el pantalón del suicida, pero preferí respetar su último deseo. Cuando todos se fueran, la abriría.

Ya en mi departamento, cerca de las cinco, aún no había podido almorzar. Seguía asqueado por la horrible sensación de la sangre caliente sobre mi cuerpo. Volvía a verla, manando con violencia, mojando mis manos y mis pies.

Me senté en el *living*. Acababa de llamar la policía para pedir algunos datos y ver si podía aportar algo más. De paso, me avisaron que el psicópata no había muerto todavía. Estaba muy grave, internado en el mismo hospital de esta mañana. Era prácticamente imposible que sanara o despertara, según el comisario a cargo de la investigación.

Sin embargo, algo me impulsó a ir a verlo. Para saber más de él o de su vida. Además, me tentaba la idea de dejar la cajita blanca de bordes plateados entre sus pertenencias.

Pero no iba a poder hacerlo.

Unos minutos más tarde estaba en camino del hospital, por segunda vez en pocas horas.

Llegué a la sala de terapia intensiva, pero dos oficiales me impidieron el paso. Estaban parados al lado de la puerta, uno de cada lado.

Me preguntaron si tenía relación con él, si era familiar o pariente. No quise decirles mi nombre; sólo contesté que lo había conocido hacía poco tiempo.

que funcionaban también entre ellos, según leí en un manual durante el viaje. Él pareció entusiasmarse un poco —así, al menos, interpretamos sus gestos—, y nos dijo que no tenía ningún problema en servirnos. (Tal vez sea pertinente aclarar que hasta aquí he avanzado rápidamente en la narración, que no he reproducido diálogos, detalles, que no he incorporado más metáforas que las que, por algún motivo, he naturalizado, porque mi intención no es crear suspense ni ostentar ningún virtuosismo estilístico para algún lector ávido de historias intergalácticas —líbreme Dios de tal empresa—, sino hacer mi propia defensa judicial ante las acusaciones que recibí recientemente: nada más que eso).

Sin perder tiempo, nos dirigimos entonces hacia la nave, donde teníamos todos los equipos técnicos para estudiar las distintas zonas de su cerebro, que era el primer paso en el conocimiento de su conducta, de sus hábitos mentales, de sus creencias, etcétera. Pero pronto empezaron los problemas.

Una vez que el hombrecillo, ya persuadido, estaba acostado en la camilla; una vez que los aparatos estaban conectados a él; una vez que cada uno de nosotros estuvo en la posición correspondiente; una vez, en fin, que la máquina fue encendida, no ocurrió nada. Así como se oye. El visor quedó en blanco, como si no hubiese persona alguna conectada a él.

Rápidamente, uno de mis compañeros se levantó e intentó arreglarlo; pero a los pocos minutos advirtió que

el aparato funcionaba perfecto. Naturalmente, yo me quedé perplejo, o debí haberme quedado perplejo, porque esos aparatos nunca fallaron en ciento cincuenta años, y miré, o debí haber mirado, a mi compañero con estupor.

—Si el aparato funciona perfectamente —le digo, y permítame el señor juez la reproducción de este diálogo— entonces probémoslo de nuevo, y si sigue igual... lo probamos conmigo, ¿ok?

Mi compañero asintió lentamente con la cabeza, como si dijera “sí” sin haber terminado de evaluar la posibilidad de decir “no”.

Volvimos entonces a hacer los preparativos, conectamos todo, bajamos el interruptor; pero... Nuevamente nada.

Para colmo, el hombrecito se reía, como si se estuviese burlando, y como si hubiera aprendido rápidamente, y no se sabe cómo, la risa que nosotros empleamos para burlarnos de los otros.

Le dije a mi compañero que probáramos el aparato conmigo; y en este punto una vez más me ahorraré los detalles: tampoco funcionó. La pantalla estaba en blanco, como si no me reconociera.

Evidentemente, algo —y algo, por cierto, más allá de nuestro escaso conocimiento técnico sobre la máquina— estaba fallando, y no nos quedaba otra que prescindir de ella y recurrir a un jurásico método psicológico y psicoanalítico: la palabra. La conversación. El Verbo.

Le dijimos al hombrecillo que se podía sentar y le empezamos a hacer

algunas preguntas estratégicas, de manera que aflorase rápidamente su inconsciente.

—Dígame —le digo, y discúlpe-seme otra vez por el diálogo—, todo lo que a usted le venga a la mente cuando yo digo la palabra... uhm... “miedo”.

—¿La palabra “miedo”? —El hombrecillo repetía la última frase, tal vez para ganar algunos segundos para pensar.

—Se supone que usted —le digo— me tiene que responder inmediatamente, si no, esto no tiene ningún sentido, ¿está bien?

—Está bien. La palabra miedo...

—No, no, deje esa palabra. Mejor dígame qué le sugiere la palabra... “Angustia”.

—¿“Angustia”? Bueno, mire, yo sé que en neoesperanto utilizan “angustia” y “miedo”, pero nosotros, en nuestra lengua, sólo tenemos un significante que engloba el significado de ambas y...

—Está bien, está bien —lo interrumpo—. Veamos, dígame qué le viene a la cabeza cuando oye la palabra... “Amor”.

—¿En “neoesperanto” o en nuestra lengua? Digo, hay algunas diferencias o matices de significados en una lengua y en otra. Además, nosotros...

—¡En la lengua que a usted se le plazca!

—Bueno, veamos... —El hombrecillo se cruzó de piernas tranquilamente y encendió un cigarrillo—. En nuestra lengua, la palabra “amor” tiene una etimología bastante especial, ya que comparte su raíz con la

palabra “incertidumbre”, que a su vez deriva de...

Lo dejé seguir hablando, pero ya no lo escuchaba. Comprendí que aplicar ese método con él era inútil. Como usted sabe, la *techne* de la “asociación libre” en la Tierra ya es obsoleta, pero pensé que tal vez para humanoides serviría, error que pagué con un sordo raptó de rabia.

Les dije a mis compañeros que volvería en un rato, y salí de la nave a caminar un poco. Traté de no alejarme demasiado, porque ya estaba oscureciendo.

En una de las calles, casi llegando a la esquina, encontré a un hombrecillo cuya fisonomía se me antojó extrañamente parecida a la mía: bigotes cortos, pómulos salientes, ojos sutilmente achinados —no sería raro que los chinos hubiesen dejado su descendencia también allí—, nariz ancha, escasez —y casi carencia— de cogote. Estaba sentado en el suelo y parecía estar mendigando, lo que, por cierto, también me llamó la atención, porque tenía entendido que la pobreza allí era inexistente. Le di dos cigarrillos —nuestros cigarrillos son, ciertamente, muy valorados por ellos— y me agradeció con exageradas gesticulaciones, como si estuviese actuando en una película de cine mudo.

Me di vuelta para seguir caminando; pero enseguida apareció otro hombrecillo, que se acercó hasta mí y empezó a mirarme fijo, con esas pupilas imposibles que reverberaban como un viejo caramelo Media Hora.

—Yo también —me dice— veo a este vagabundo cada día de mi vida. Supe de usted ayer, por un

En la puerta del hospital de urgencias, donde estacionan las ambulancias, había una pelea entre dos hombres. Me llamó la atención porque solamente uno de los dos golpeaba al otro, que no caía al piso a pesar de los tremendos puñetazos que le aplicaban en el rostro.

Habían comenzado dentro de un taxi y bajado de él a los tumbos. Quien recibía los golpes ni siquiera sacaba las manos de sus bolsillos, como si en ellos estuviera protegiendo algo valioso. No ofrecía ningún tipo de resistencia; sólo buscaba evitar los impactos. Pero no lograba hacerlo del todo, y el que golpeaba de manera feroz —que por su ropa parecía ser el taxista— le asestó varias trompadas más hasta que el agredido, al fin, se decidió a correr.

Me pareció extraño que no hubiese intentado defenderse o, al menos, alejarse cuanto antes.

Perdí de vista a los dos hombres y seguí caminando. Entré al hospital por una de las puertas laterales. Venía bastante apurado, como siempre. Iba a visitar a un pariente internado y sólo llevaba un ramo de rosas rojas en mi mano derecha.

Unos segundos después sentí que me empujaban desde atrás. Trastabillé y casi me caí al suelo. En una de las galerías, cerca de la terapia intensiva, el mismo hombre que había recibido los golpes me tomó del brazo y con un arma pequeña apuntó a mi pecho.

Haciendo ademanes, me obligó a acompañarlo. No dudé un segundo. Estaba muy lastimado y de su ojo izquierdo parecía caer sangre. Su camisa blanca, llena de pequeñas manchas de color oscuro. Y sus dientes...

Corrimos un largo trecho. La gente se horrorizaba al ver su cara destrozada y el revólver que llevaba en

tras tanto, su cuerpo se convierta en una bolsa de huesos, una bolsa vacía, y que sea él quien pueda atravesar las paredes, sacudirse con el viento, no estar más allí, ser sólo un pensa-

miento en la mente del hombre que permanece en la casa, escuchando música hasta el amanecer.

© M^a DEL PILAR JORGE, 2013.



MARÍA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires, 1946—)

Activa escritora, administra y coadministra múltiples ciberbitácoras.

En **NM** publicó “Camila” (# 3), “Kuniungüen” (# 5), “El sabor de la rutina” (# 12), “Sombras en la oscuridad” (# 16) y “La Saga del Universo perdido” (# 22), así como “Hasta que la muerte nos separe”, en coautoría con EDUARDO LAENS AGUIAR (# 10).



contacto que tengo, y espero que no me considere lo que ustedes llaman “loco”, ¿eh? Después de todo usted también lo ve, ¿o no?

—Claro que lo veo —le digo, tratando de conservar la frialdad para evaluar idóneamente la situación—. Y lo veo porque ahí está. No entiendo qué es lo que tiene de raro.

El hombrecillo me miraba como desconcertado.

—Lo que ocurre —me dice— es que parece que el vagabundo ése no existe, o existe, por lo menos, en otra dimensión, en otro espacio o temporalidad, ¿no se da cuenta?

—¿Y cómo se supone que debería darme cuenta?

El hombrecillo hizo un gesto raro, que interpreté como “fastidio”.

—Deje, deje, no importa —me dice—; si alguien le pregunta, usted y yo no hablamos nunca, ¿eh? Adiós.

Me quedé ahí parado, duro, sorprendido, tratando de rechazar cualquier emoción que pudiera entorpecer mi funcionamiento neuronal. Después de algunos segundos razoné que, si el hombre verdaderamente no existía —por un momento, mantuve en suspensión cartesiana mi credulidad—, no tendría que sentir su contacto físico, de manera que me agaché un poco e intenté tocarlo. Pero inmediatamente el hombre se apartó, se levantó y se alejó algunos pasos.

—¿Qué quiere? —me dice, mirándome con miedo, o angustia, o... Bueno, depende de la lengua que se elija—. Sólo le pedí un cigarrillo; no me mate.

—No pienso matarlo —le digo—. Sólo le quería dar la mano...

Pero el hombre —cuyas orejas, detrás del pelo en cascada, descubrí también iguales a las mías— aparentemente no me creyó, porque enseguida abrió mucho los ojos y salió disparado, corriendo a una velocidad que no se correspondía, o no debería haberse correspondido, con su cuerpo de trasgo asturiano. Pensé. Si hubiese tenido alguna destreza retórica para suscitarle un mínimo de confianza, seguramente ese Ñac me hubiese servido a la perfección para demostrar que había al menos un caso de locura; pero ya era tarde, y de nada servía contaminarme la mente con los estériles juegos de nuestro subjuntivo.

Volví a la nave a paso firme, aprovechando los últimos instantes de luz naranja. Antes de llegar, vi al hombrecillo intelectualoide que no se había dejado psicoanalizar. Estaba caminando en dirección contraria a la mía, sonriendo burlonamente. Le hice, o debí hacerle, un saludo con la cabeza, y seguí caminando. Él también debió haberme saludado de algún modo; pero no lo vi, o tal vez no lo recuerdo.

Cuando entré a la nave, mis compañeros estaban tirados debajo de la máquina, y ahora se estaban levantando.

—Creo —me dice uno de ellos— que ya está funcionando. ¿Querés probarla?

En realidad pensaba contarles todo lo que me había pasado ni bien entraba, pero ahora, por algún motivo, las palabras no me salían.

Asentí con la cabeza (o debí haber asentido) y me recosté en la camilla. Dejé que me conectaran los cables, que prepararan mi cabeza, que

acomodasen mi cuerpo, al que por cierto —debo confesar— empezaba a sentir ajeno, como si ya no me perteneciera.

Cinco minutos después, o tal vez más, el procedimiento ya había terminado, pero las caras de mis compañeros expresaban preocupación y desconcierto.

—Me parece —dice uno— que no está del todo arreglada, mirá...

Giré la cabeza un poco, o la debí haber girado, y vi, o debí haber visto, con estupor, la contundente sentencia: "Psicosis grado cinco: peligroso".

Entonces me senté, me agarré la cabeza, traté de calmarme, de respirar hondo; pero ahí nomás me desmayé, o tal vez debí haberme desmayado, porque a partir de entonces no recuerdo nada más.

Era, paradójicamente, el primer caso de locura de Ñac.

En mi defensa, señor juez, diré que se deberá tener en cuenta la Convención de Marsella, donde se estableció que la locura, en tanto tal, sólo debe considerarse, y penarse, en función de las cosmovisiones y las leyes locales, y los hombres de Ñac, ciertamente, no consideran a nadie como un loco, y ni siquiera tienen ese concepto en su lengua. Allí todo es realidad y, lo que no lo es, no lo es aún, porque en algún devenir, o tiempo

paralelo, podría serlo, o estar siéndolo. Las percepciones diferentes, hasta tanto no cuenten con un conocimiento ontológico, psicológico, gnoseológico y epistemológico más firme, más profundo, no podrán someterse a la tiranía democrática del signo algebraico —pero también sofisticado—, cuya ecuación principal parece sugerir que algo es más verdadero cuanto mayor es el número de personas, o humanoides, que lo perciben, idea o apriorismo con el que ellos, obviamente, no están de acuerdo.

En conclusión, pido al señor juez que se considere esa Convención y, desde luego, se disponga mi regreso de inmediato a la Tierra, donde, pese a los dichos de la contraparte, no estoy. Por supuesto, no hace falta que aclare que no es bueno, para alguien como yo, de mi posición, de mi rango, estar mendigando en la calle en un planeta tan lejano como éste, y máxime con costumbres y hábitos mentales tan distintos.

Sin otro particular, y a la espera de una rápida respuesta, lo saluda atentamente,

JOAQUÍN NAPOLEÓN ACEVEDO

Psicólogo experimental de la
Brigada Superespecial e Interestelar
de Psicólogos Experimentales

© GONZALO SANTOS, 2013.

GONZALO SANTOS

(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1984—)

Actualmente reside en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, y es profesor de Lengua y Literatura. En **NM** publicó "El hombre que dijo haber estado en el futuro" (# 21), "El in-forme de Lázaro" (# 24) y "Tetraktys": sinectotario de viaje" (# 27).

—¿Quién sos, realmente, Raúl?
¿En qué te beneficia todo esto?

—Cuando llegue el momento, no va a hacer falta que te lo explique; te vas a dar cuenta solo. —Raúl le guiña un ojo, pero el gesto no tiene nada de simpático.

—Mejor salgo un rato afuera. —La voz de Román se ha convertido en un gruñido ronco. Sale de la casa y cierra de golpe la puerta.

Afuera los ruidos se han vuelto densos, profundos. Puede percibir claramente el golpeteo de cada ola contra las piedras del murallón, los gritos ya son alaridos y el calor lo cerca como un anillo de fuego. Levanta la vista y parpadea; le molesta el brillo de la luna. Puede sentir la circulación de su sangre y el bombeo de su corazón, pero dentro de esos sonidos falta uno, el más familiar de todos. Ya no se escuchan los pasos de Raúl dentro de la casa. El inesperado silencio le produce una molesta sensación de displacer.

Román vuelve a entrar a la casa y lo ve, de espaldas a la puerta, sentado en un sillón, muy quieto, esperando, como quien espera la muerte. A Román le tiemblan las manos y la cabeza está a punto de estallarle. Se acerca a la mesa; el frasco con el medicamento se ha multiplicado en cientos de engañosas réplicas, simples reflejos de otros momentos en los que el frasco ocupó esos espacios de su vivienda. Cierra los ojos y, aunque es inútil, porque sigue viendo todos los frascos, encuentra el correcto por el olor. Raúl lo tiene aferrado entre sus manos.

—Dame el frasco, Raúl; voy a tomar la pastilla —le dice. Pero Raúl

sigue ahí quieto, sin hablar; casi sin respirar.

—No te hagas el ofendido ahora; dame una pastilla. ¿No era eso lo que querías?

Raúl continúa en silencio. Román se acerca y lo toca en el hombro. Un hombro que se ha vuelto sólido, igual que el cuerpo. Un cuerpo que ya no traspasa las paredes ni pasa inadvertido para los vecinos; un cuerpo que no va a poder regresar de donde quiera que fuera que salió.

—¡Raúl! —Román lo sacude suavemente y Raúl lo mira a los ojos.

—No te preocupes, Román; todavía te puedo hacer un último favor. Después de todo, para eso vine. No es necesario que tomes la pastilla; eso sí, te aviso que pronto tus sentidos van a comenzar a torturarte hasta el límite de lo soportable. Luego pueden suceder dos cosas: tal vez te dé un infarto masivo o, tal vez...

Román no le presta atención; únicamente trata de concentrar su energía en recuperar el frasco con la medicina. Sin embargo, para su terror descubre que, aunque continúa percibiéndolo todo, no puede moverse. Lo único que puede hacer es observar cómo Raúl se levanta y activa nuevamente el equipo de música. Luces y sonidos inundan la habitación; luces y sonidos inundan el cerebro de Román. Alcanza a ver cómo Raúl da vueltas por la cocina, buscando algo para comer. Sólo que no está sucediendo, no puede estar sucediendo; Raúl no puede tener su misma cara, su mismo físico ni su misma avidez por tomarse una taza de chocolate con leche. No, no puede estar sucediendo que, mien-

rata encerrada en una jaula. Una infeliz rata en una jaula, esperando devorar el alimento, de la misma manera que él debe tragar su medicina; para seguir existiendo.

Adelantándose al reproche, Román murmura: —No sé por qué no puedo olvidarla.

—¿Qué?... —Raúl se detiene y lo mira; parece molesto—. ¡Eh!, no llores así, hombre. Aquello ya no tiene remedio; es hora de que dejes de compadecerte.

—No puedo evitarlo —tartamudea Román—; yo la amaba. Todo lo que hice, lo hice para salvarla. Intuía que Walter quería inyectarle la vacuna; el muy estúpido sólo pensaba en su perarnos a Laurenti y a mí. No quiero acordarme; me hace mal.

—Bueno, Walter no era el único loco del equipo. Vos te habías arriesgado antes; él sólo te quiso imitar.

—Callate, rata. Soy un auténtico profesional. Gracias a mí, Laurenti logró sintetizar una sustancia mucho menos peligrosa que el mutágeno Alfa; eso sí, jamás me lo agradeció.

—¿Rata? Te recuerdo que esta rata te sacó de más de un apuro. Por esta rata estás acá, libre, sin que nadie te moleste. ¡Cómo gritaste ese día! ¿Te acordás? Yo te hablaba, pero vos no escuchabas; te arrojaste sobre ese infeliz y comenzaste a estrangularlo. No digo que no se lo mereciera, pero al final, para que te calmaras, te tuve que noquear. ¡Digno par de profesionales eran ustedes!

—El la asesinó.

—¡Miren quién habla! Si yo no hubiera estado ahí, habrías ido a parar con tus huesos a la cárcel.

—¡No quiero escucharte más!

—No, me vas a tener que oír.

Porque esta rata tuvo que hacer el trabajo sucio. Gracias a mí nunca nadie sospechó nada. Mientras vos llorabas, me deshice del cuerpo de Walter; el río se encargó de hacerlo desaparecer. Limpio, perfecto, ninguna huella. Todos pensaron que, aterrizado por la muerte de la mujer, se había fugado. Lo buscó la policía, pero nunca encontraron nada. Jamás me lo agradeciste.

—¿Querés que te dé las gracias?

Bueno, gracias, pero basta de reproches. —Román crispera los puños—. Dejame en paz.

—Sos patético, Román. A mí tampoco me divierte esto; es más, me resulta muy molesto percibir hasta el último de tus pensamientos. Por favor, tomá la pastilla de una buena vez.

—Estoy harto de depender de esa pastilla para no volverme más loco de lo que estoy. Vos podés percibir mis pensamientos; yo, los de la ciudad entera.

—Bueno, Román, la culpa es sólo tuya. ¿Quién te dijo que eras el sujeto adecuado para recibir una dosis de la droga? Un científico de tu envergadura debería haber previsto los efectos colaterales del mutágeno; después de todo, nada es gratis. Ni siquiera mi ayuda...

La ironía implícita en el comentario hace que su angustia se transforme en otra cosa: ira, fastidio, opresión. Román percibe cómo su cuerpo se tensa cuando repite la pregunta que ya formuló cien veces, para recibir cien respuestas diferentes.

HIJOS SIN NOMBRE

CARLOS PÁEZ S.

Sostenía el rifle firmemente pero con cierta delicadeza; cariño, podría decirse. Era algo especial. Incluso en la desesperada situación en la que se encontraba ameritaba un pensamiento; hasta le había puesto un nombre. No recordaba nunca haber tratado a un objeto inanimado así; de hecho, antes de él, no recordaba haber tratado nunca nada así.

Si alguien le hubiera preguntado años atrás si algún objeto había sido alguna vez tan gravitante en su vida como lo era ahora la voluminosa arma, probablemente habría dicho que ése habría sido su teléfono celular.

No uno en especial; él siempre había estado por sobre esos sentimentalismos. Su celular era sólo un instrumento en sí mismo. Cambiaba de modelo constantemente; al menos cada tres o cuatro meses. Siempre la última generación, el más completo, aunque en general le diera

poco más uso que hablar constantemente o guardar en él ese complejo conjunto de contactos que era su mundo.

Era simplemente la forma como eran las cosas. Él debía tener el mejor celular posible, ya que era signo de su propia posición; una simple estrategia de *marketing*, si quisiéramos darle un sentido. Un instrumento de éxito.

Eres lo que tienes; eso te define. Debes verte próspero para ser próspero y, a su vez, debes ser próspero para verte próspero.

Así que él se veía prospero; se veía bien, porque debía hacerlo.

Cada detalle de su vida estuvo destinado a ese efecto. Cada decisión, cada posesión.

Había estudiado para estar en las mejores universidades, para así graduarse con las mejores perspectivas y optar por los mejores empleos.

Los mejores empleos le darían las mejores casas, los mejores autos y las mejores mujeres.

O también al revés: las mejores casas, autos y mujeres le darían los mejores empleos.

Era simplemente como eran las cosas.

Se graduó con honores en la más prestigiosa facultad de Derecho, ejerció en el mejor estudio de abogados, se casó con la mujer más perfecta que conoció, para que le diera los hijos más perfectos posibles y, de esa forma, poder lucirlos para seguir triunfando.

Cada cosa en su lugar, existiendo, sirviendo a su propósito.

Un río indetenible, perpetuo y absoluto de causalidad.

Sin embargo, nunca supo cuál era ese objetivo; nunca se detuvo a descubrirlo.

Quizá simplemente fue su padre, que lo impulsó a ser “más que él”.

O tal vez fue su madre, que cambió a su padre por uno más acaudalado apenas tuvo oportunidad, quien le indicó el camino.

Pero nadie le dijo por qué.

Nadie le dio una razón.

Sólo sabía que debía conseguir el éxito, la felicidad, pero nadie le dijo cómo demonios darse cuenta cuando los tuviera, o cómo verdaderamente disfrutarlos.

Tuvo la casa más grande y fastuosa que pudo conseguir y nunca tuvo un solo recuerdo cálido en ella.

Tuvo la mujer más adecuada y perfecta que conoció, y nunca sintió por ella más que alguna moderada pasión pasajera.

Tuvo hijos que nombró con los nombres más adecuados que encontró, nombres que ya no recordaba.

Hijos que envió al mejor internado, para moldearlos y ser nuevos ejemplos de su éxito.

Ejemplos como los autos deportivos, como la casa en la playa, como la membresía en el club de golf.

Como el teléfono celular de última generación, que guardaba cada importante contacto; aquel por el que hablaba constantemente.

Todo para lograr una gran oficina, en el piso más alto del edificio más elegante que encontró.

El edificio ya no existía.

Cayó en la invasión como el castillo de naipes que era su propia vida.

La mansión ardió y se cubrió de vegetación con el tiempo, con los cuerpos de la mujer perfecta que nunca amó y la servidumbre de la que tampoco nunca recordó quién era quién.

El internado se volvió recuerdo; un panteón negruzco con huesos de niños con nombres olvidados.

El auto deportivo se volvió una masa informe de hierros oxidados, con una monstruosa huella claramente marcada encima.

Y el celular ése se volvió un escombros apestoso en el desagüe de una alcantarilla sucia, junto a una corbata de seda italiana de la que se despojó bajo la sombra de la gigantesca nave alienígena sobre la ciudad.

Ese celular había sido el objeto más importante de su vida, porque, cuando lo tiró, empezó de verdad a vivir.

Su vida fue corta. Nació en esa alcantarilla. Su primer llanto fue de desesperación y miedo; sus primeros

—¿Tenemos?, ¿necesitamos?

—Román no podía apartar la vista de esa cama y de esa sangre. También aquella noche había habido sangre y animales masacrados en una de las jaulas. Sangre... Necesitaba conocer cuál era el sabor de la sangre de Walter, aunque para eso tuviera que apretar su cuello hasta que todos los huesos estallaran. Lentamente se aproximó al otro científico, que lo miraba con expresión de perro apaleado, esperando un abrazo, una palmada, un gesto cómplice.

Cuando Walter Sandez reaccionó, ya era demasiado tarde; las manos de Román eran dos tenazas oprimiendo su garganta. Dos tenazas acerdas, persistentes, inflexibles, inexorables. Román sólo aflojó los brazos cuando el cuerpo de Walter comenzó a doblarse sobre sí mismo hasta caer en el suelo. Entonces lo pateó en la cabeza, en las costillas, en todo el cuerpo.

—Basta, Román; ya es suficiente. Sandez está muerto.

Muerta. Liza estaba muerta. Nunca más. Román se dejó caer en la cama, junto a ella, y mientras la sangre se le pegaba en el rostro y en las manos comenzó a tocarla, sacudirla, abrazarla, en un demencial intento por hacerla regresar. Luego su voz se convirtió en un alarido que reverberó en las paredes de la habitación.

XI

A pesar de la bruma húmeda del anochecer y del frío, Román aspira

con avidez el humo del cigarrillo. Su mirada, turbia y borrosa, asimila los recovecos del jardín, el cerco de ligustro, la vereda y las luces de las casas vecinas que comienzan a encenderse. Puede observar, detrás de las casas y las lomas, las barrancas y ese largo río que lo aplaca con la cadencia hipnótica de sus pequeñas olas. Escucha el sonido de las primeras chicharras, los gritos que sistemáticamente a esa hora brotan del chalé de la esquina, los sonidos amortiguados de los aeromóviles circulando por el canal de vuelo. Percibe el calor, el fluir del aire y la música que suena en su propia casa —como todas las tardes— cuando Raúl conecta el equipo de música. Es la hora de tomar el analgésico, pero prefiere permanecer afuera, aferrándose al repetido ritual de rumiar recuerdos.

El tiempo es sólo una mochila pesada y la vida un hueco poblado de fantasmas. Gente desconocida que te roza en las calles, las caras crispadas, los cuerpos tensos; gente amiga que te abraza y te sonríe: *Eran tus amigos; cuánto lo siento*. ¿Lo sentían? Mentira. Nadie siente la muerte ajena; las condolencias son sólo palabras. Dicen que un duelo no dura años, pero esa mujer y ese hijo eran todo lo que él hubiera deseado tener. Le gustaría poder echarle la culpa de todo al mutágeno Alfa, pero es él; su maldita mente que no lo deja en paz.

Con un gesto brusco, Román tira la colilla al suelo y la aplasta hasta destruirla; luego se resuelve a entrar a la casa. Adentro, Raúl da vueltas por el comedor, como si fuera una

testó Raúl—. ¿Se puede saber qué mierda me diste para tomar?

—Un sedante fuerte; el efecto se va a ir pasando con las horas, pero después tendremos tiempo para procesar otro calmante más adecuado”.

—Me da la impresión, Sandez, de que no estás listo para preparar nada nuevo. ¿Qué pasó con los cobayos que desaparecieron del laboratorio? Laurenti me acusó a mí.

—Por favor, Román, después te explico, pero no me falles justo ahora... Necesito ayuda... Después arreglaré las cosas con Laurenti”.

—Ya estamos... ya estoy por llegar. —Raúl cortó la comunicación con un gesto de fastidio y miró a Román—. Este hombre no trae más que complicaciones —rezongó.

Román lo miró agradecido. Ignoraba de dónde había venido y temía preguntar; prefería esperar un poco antes de encararlo. Raúl lo estaba ayudando mucho. Después de dejar el aeromóvil en el estacionamiento, Román corrió hacia el edificio donde vivían Walter y Liza. Ya no podía escuchar los gritos de la mujer, ni siquiera la sentía gemir y, curiosamente, tampoco lograba verla. Algo dentro de su mente le bloqueaba las percepciones.

—Tranquilo, no corras. —Raúl lo tomó del brazo—. Lllamarás la atención.

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—La tiene y mucho. Es necesario que mantengas la calma.

Román se estremeció. Cruzaron el *hall* de entrada como dos sombras silenciosas y subieron al primer ascensor.

X

Cuando Walter Sandez abrió la puerta del departamento, Román le dio un empujón y se precipitó hacia el dormitorio. La encontró en la cama, en medio de un embrollo de sábanas arrugadas y sangre. Inmovilizado por el dolor y la bronca, permaneció observando cómo Raúl la examinaba, buscando algún hálito de vida en el cuerpo de la mujer. Finalmente, Raúl movió la cabeza.

—Probablemente le dio un infarto —señaló. Pero Román no lo escuchaba; su mente había retrocedido a la noche en la que él se había inoculado la vacuna. Se recordó escribiendo la nueva fórmula, junto con sus percepciones distorsionadas, y recordó a Raúl borrando ese último registro de la computadora. Miró la sangre en torno de las piernas de la mujer; luego se fijó en Walter, que permanecía allí parado, junto a la cama, en una actitud muy cercana a la indiferencia.

—No entiendo qué pasó —dijo Walter, intentando una justificación absurda—; vos estás vivo y ella acaba de sufrir una muerte espantosa.

Román estalló.

—Si te sentías tan seguro de que todo estaba bien, por qué no te inyectaste vos, infeliz. —Su voz rezumaba un odio nuevo—. La arriesgaste a ella; la tuviste que matar. Vos la mataste, no yo.

—Román, por favor, éste no es momento para reproches. Necesito tu ayuda. Tenemos que evitar que descubran lo que sucedió; necesitamos un certificado de defunción que...

pasos, una agonía; su primera luz, los haces refulgentes de los rayos asesinos.

Se arrastró por ella como un marsupial buscando su bolsa.

Y conoció a un padre más joven que él, que le dio un rifle —un arma para darle un nombre— y un propósito; creció en un hogar frío y sin embargo seguro, que aprendió a querer, a defender.

Cuando estuvo listo, salió al mundo. A un mundo nuevo, peligroso y aterrador, pero en el que respiraba, en el que construía.

En el que vivía de verdad por primera vez.

Y tuvo hijos también.

Hijos con nombres. Hijos que no eran de su carne y sangre, hijos que no existían para exaltar su imagen ni llenar su chequera.

Hijos que, sin embargo, lo hicieron muy orgulloso, hijos que crío y amó como el padre que nunca había sido, como el padre que ellos habían perdido.

Hijos que llevó a la muerte.

Sostenía el rifle láser firmemente, pero con cariño. Su “Marianita”, arma fiel que lo había acompañado muchas veces; negra del hollín de decenas de explosiones, llena de estrías toscamente gravadas sobre el metal alienígena.

Cada marca, un nombre querido; cada marca, un hijo.

Los golpes en la pesada esclusa se intensificaban. Los invasores desesperadamente trataban de entrar a su último refugio. Sus hijos habían allanado el camino con sus vidas, cayendo unos tras otros, protegiéndolo.

Su escuadrón, sus muchachos.

Bajo los pies del sargento, las innumerables aspas del sistema de ventilación del reactor principal giraban vertiginosamente. Adosó el último explosivo y desarmó unas pocas capas de blindaje de “Marianita”, dejando expuesto el núcleo energético que le daba poder al rifle.

Entonces, con lágrimas en los ojos, lo lanzó al vacío.

En ese momento entraron, pero ya era tarde. La explosión dañó el reactor principal, desencadenando una reacción en cadena; la nave, uno más de esos gigantescos cruceros alienígenas, gimíó herida de muerte y su gran sombra se precipitó a la bahía. Una pequeña victoria más; un paso más cerca de la liberación.

Su joven padre le había dado un propósito, y él había cumplido.

Por breves instantes, el viejo sargento supo lo que era la verdadera felicidad y el éxito.

Y recordó el nombre de sus hijos. De todos.

© CARLOS PÁEZ S., 2012.

CARLOS PÁEZ S.
(Chile —Viña del Mar, 1978—)

Ecléctico administrador de ciberbitácoras, colaboró en medios de CF como **Axxón**, **Chile del Terror**, **Planetas Prohibidos** y **Tauzero.org**. En **NM** publicó “Dana” (# 26).

PIEL Y TINIEBLAS

CARLOS PÉREZ JARA

—Venga, habla —dice Aloaga.

—Es una casa grande —comienza Usia después de varios segundos de lo que podría ser una observación más detenida—. Está pintada en color celeste, y su tejado es rojo oscuro. Todas las ventanas están echadas con cortinas menos una, en la planta superior. Y también hay como un pabellón al lado, no tan alto como la casa.

—Buena chica —mascula Aloaga, y dirige sus ojos cubiertos de niebla hacia el espacio; aunque ahora quisiera saberlo, le resultaría imposible averiguar si su guía programada le describe lo que sus sensores artificiales reconocen o lo que él mismo le ha relatado tantas veces desde el principio. En realidad, no merece la pena descubrirlo; no quiere desnudar la realidad encubierta, piensa mientras sigue oyendo a la niña.

—Hay un árbol muy grande junto al pabellón, y de una rama baja cuelga un columpio.

—Cógeme la mano, Usia —pide al fin, y al dar el siguiente paso golpea su bastón sobre la piedra lisa del sendero. Como un niño invadido por el miedo y la alegría, Aloaga trata ahora de captar a su alrededor algún detalle que le confirme sus propias sospechas, pero no consigue oír el murmullo de la fábrica de naves de la colina del norte, ni tampoco alcanza a oler el perfume de las flores salvajes de *nii* que tanto abundaban en los grandes setos. Junto a su compañera de viaje nota la indecisión en sus pasos, esa suave reticencia, ese impulso vago y oscuro que le insinúa el origen de sus errores y la posible forma de solucionarlos, o de al menos darles una apariencia neutra, de convertirlos en estatuas de piedra que no lo incomoden en las noches del futuro como

—Mire, doctor Landa, en su caso eso no quiere decir nada. Después de todo, usted ha venido al laboratorio más de una vez fuera del horario habitual.

—Puede ser —admitió Román—, pero anoche dormí en mi departamento. Si no me cree, pregúntele a Sandez; él me preparó un sedante que, por cierto, me hizo bastante mal.

—¿Sandez? Hoy no vino a trabajar; se comunicó esta mañana para avisar que su esposa estaba descompuesta.

—¿No vino? —El sopor acababa de abandonarlo por completo y los tenues murmullos se transformaron en inquietantes cuchicheos, ruidos y ecos callejeros. Román volvió a percibir la ciudad, aspiró la náusea de sus emanaciones, su mirada penetró el departamento de Walter Sandez y la vio. Liza gritaba, se resistía y su marido le oprimía con perversa precisión la carótida, no tan fuerte como para asfixiarla, sino lo suficiente como para hacerle perder el sentido. La mujer cayó pesadamente sobre la cama.

Román crispó los puños: —Sandez es...

—No se lo digas —Raúl estaba junto a él, murmurándole en el oído—; pensará que te volviste loco o percibirá que te pasa algo extraño. Si llega a intuir la verdad te convertirás en un cobayo más, aunque un poco más grande.

—Pero Walter está...

—¡Cerrá la boca, estúpido! Ya lo sé; yo también puedo verlo.

—¿Qué pasa, Román? —Recién en ese momento Laurenti comenzó a observarlo con preocupación.

Román, a pesar de no comprender todavía por qué sólo él podía ver a Raúl, logró reponerse. —Que necesito saber qué sedante me aplicó Sandez y, aunque me siento mal, no acostumbro comer cobayos.

El profesor lo miró sorprendido.

—No se altere, Román. —Su voz se había suavizado—. Nosotros ubicaremos a Sandez. Ahora vaya a su casa a descansar, pero regrese a la tarde, ¿eh? Es importante que continuemos haciéndole estudios para controlar cómo evoluciona el mutágeno en su organismo.

Román se contuvo para no salir corriendo, dijo un “muchas gracias” que no sentía y se retiró del laboratorio, con Raúl pisándole los talones. Y así fue como Román empezó el día más oscuro de su vida.

IX

La llamada de Walter les llegó mientras circulaban por el carril de tránsito ligero. El microcelular había comenzado a sonar, sumándose a todos los otros ruidos y sonidos que no lo dejaban pensar. Por eso fue Raúl el que contestó la llamada. Román se asombró al sentirlo hablar como si fuera él, con su mismo tono de voz; lo miró de soslayo pero no se atrevió a distraerse. De todas maneras, no necesitaba tener al celular en el oído para escuchar a su amigo; Walter gritaba.

“...tenés que venir... Liza no está bien... ¿Laurenti está ahí?”.

—Me acabo de ir del laboratorio, Walter; no me siento bien —le con-

frazada e intentó seguir durmiendo, pero continuó escuchando la voz de su huésped.

—¿Qué medicamento te hizo tomar? ¿Te lo dijo?

—Humm... un ansiolítico... o algo así... No importa... Quiero dormir.

—Imbécil, no entiendo cómo confiás tanto en ese hombre. No me gusta su actitud; te digo que es peligroso.

VII

Al día siguiente Román despertó para descubrir que le dolían todos los huesos, desde la punta de la cabeza hasta los dedos de los pies, y que el malestar que sentía era insoporrible. Estaba muy embotado; tanto que no podía coordinar los movimientos y las luces le molestaban. Su cuerpo se movía convulsivamente. Aunque no; era Raúl que lo sacudía. Finalmente, Román logró reaccionar.

—Te dije que lo que te había dado a tomar ese tipo no era nada bueno —rezongó Raúl, mientras le pasaba una toalla mojada por la cara.

—No lo sé —admitió Román—, pero es evidente que no me cayó bien.

—Tomá un poco de café. —Raúl le puso la taza en la mano y lo ayudó a llevársela a la boca—. Te va a despabilar un poco y, de ahora en adelante, cualquier medicamento que necesites lo supervisaremos nosotros.

Después de tres tragos de café azucarado, Román advirtió que la habitación y los muebles ya no se movían a su alrededor. Raúl le puso una pastilla en la otra mano.

—¿Qué me das?

—Un viejo remedio. Creo que ustedes lo han dejado caer en desuso. Ácido acetilsalicílico; si no te hace bien, mal no te va a hacer.

—Gracias —musitó Román, después de tragar la aspirina, y se quedó pensando en ese “ustedes” tirado así, como al vuelo. Todavía no podía comprender por qué sólo él lo veía y los demás no. Pero no era, no podía ser, una alucinación; las alucinaciones no te lavan la cara ni te dan a tragar una aspirina, y mucho menos te sacuden con la urgencia con la que lo acababa de hacer Raúl. Intentó enfocar su visión en la cara de su huésped.

—¿Quién sos? —preguntó.

Raúl sonrió. —Un simple viajero.

VIII

Durante el trayecto desde su casa hasta la Universidad, Román comenzó a sentirse algo mejor. Mientras ingresaban al edificio, las luces, los olores y sonidos volvieron a acosarlo, pero no le molestaban tanto como antes. En el sector del laboratorio se advertía mucha actividad. Dos de las cuatro jaulas, que normalmente albergaban a los animales que utilizaban para las pruebas, estaban vacías. A su pregunta sobre qué les había pasado a las pequeñas bestias sólo obtuvo como respuesta un incómodo silencio. Silencio que se rompió cuando Laurenti lo encaró y le preguntó a él por los cobayos.

—No tengo idea —dijo Román—, y no entiendo la pregunta; hoy fui el último en llegar.

ya lo han hecho en las del pasado. La mano tibia de Usia vuelve a provocarle una corriente de escalofríos que recorren su brazo y alcanzan su nuca; mensaje ominoso o certero de que ni siquiera su pequeña guía es lo que parece. Pero ya no sabe ni logra saber qué es lo que hay detrás de la cáscara de esas apariencias imaginarias, de lo que fabula sumido en las tinieblas de cada día. Por eso, mientras percibe el hormigueo mecánico de la mano de Usia, prefiere imaginarla tal como la palpó el mismo día en que se la presentaron.

—Usted verá, amigo —dijo un funcionario apático con un indeleble tufo a amoníaco y perfume agrio, una especie de añoranza a flores podridas—. Los que tengo son de gama beta, y éstos duran menos en batería.

—Es muy pequeño, éste —observó Aloaga, y sus dedos acariciaron un rostro pétreo de rasgos delicados.

—¿Este? —resopló el funcionario—. Es un gamma. ¡No es lo que busca, desde luego!

Cuando deslizó sus dedos ciegos por detrás de la oreja derecha, tierna y casi redonda, Aloaga apretó los párpados como si al concentrarse pudiera distinguir el color de su cabello humano.

—¿De qué color es su pelo? —preguntó al fin, ignorando un comentario del vendedor sobre un posible guía competente, un robusto modelo beta preparado para defenderlo en casos de emergencia.

—¿Su pelo? —bramó el otro a su espalda, y después de emitir un mugido de desencanto, escupió con

desgana—. Pueess... no sé, rubio; entre rubio y castaño, no sé. No soy muy bueno para esas cosas, la verdad. Ahora, si me deja que le enseñe lo que busca...

Sólo tuvo que trazar una línea de su dedo índice por los labios cerrados de Usia para tenerlo claro. De pie como una estatua, la niña apenas le llegaba a la altura del pecho.

—Ya lo he decidido —dijo.

—Pero, señor...

—Este modelo me vale. ¿Puede servirme como guía?

—Bueno, no está hecha para eso pero...

—Entonces —resolvió finalmente— no perdamos más tiempo, ni usted ni yo. Dígame el precio.

Al fin llegan ante la puerta, o eso le asegura Usia, pero no tienen que detenerse para golpearla ni pulsar ningún timbre, porque según parece está entreabierta, como si ya esperase su llegada.

—¿Hay luz en el vestíbulo? —pregunta algo temeroso, y Usia lo arrastra con su mano hacia el interior.

—Un poco de luz; viene de una ventana.

El bastón resuena por la madera cálida despertando un ahogo de emoción que creía perdido; de hecho, podría alargar la mano hacia la pared de la derecha y sentir el papel verde manzana, tal como lo tuvo descrito en un principio. Cuesta tanto construir un mundo, pero es tan sencillo destruirlo que casi le basta con la consciencia o la certidumbre de saber que los objetos ahora imaginados siguen ahí, donde estuvieron: el cua-

dro con el paisaje del planeta Uc, el jarrón paragüero o un mueble alto de pocos cajones donde guardaba mantas y algún secreto codificado en cápsulas ocultas.

—Ten —le dice a Usia y le alarga el bastón.

—Pero puede caerse —objeta su guía.

—Hazme caso. —Y durante unos segundos Aloaga se mantiene sin apoyos de ningún tipo, en una esquina de lo que imagina como la entrada al salón. Camina despacio pero con la seguridad de quien conoce los detalles del sitio que pisa; nota hundirse sus suelas en la alfombra gris y un rayo de sol vespertino se asienta sobre su rostro inmóvil. Por un instante lo sacude la duda, pero pronto la disipa al sentir la presencia; es posible que sentada en el sofá de piel de zuoco.

—Usia, ¿estás ahí? —murmura.

—Le he hecho un gesto. —Oye al fin la voz dulce—. Para que nos deje solos. Espero que no te importe.

—Lul —dice, y al oír su nombre se da cuenta de que la guía se ha marchado con su bastón y que no ha habido horas suficientes para prepararse para ese momento, a pesar de haberlo imaginado de muchas formas.

—Te he estado esperando, cariño —dice la voz cálida, y enseguida oye los tacones que se aproximan; casi puede sentir el movimiento de su esqueleto, la cercanía siempre anhelada de su carne y, cuando le sujeta la nuca con su mano delicada y lo besa en los labios con una calidez familiar, apenas puede defenderse contra el menor de sus temores. Su olor, se

dice, y abre los ojos como si pudiera verla.

—¿No te alegras de verme?

—He viajado por media galaxia —murmura, y ni siquiera entiende por qué ha dicho eso.

—Ven, cariño. —Y lo coge de la mano con ternura, lo arrastra por un espacio que debe ser el pasillo, lo introduce en una habitación que no podrá ser nunca otra que la suya, su dormitorio, y luego, sin que pueda evitarlo ni demorarlo de ninguna forma, lo va desnudando lentamente mientras lo besa, introduce una lengua ávida en su boca, se refugia en sus caricias y en el ímpetu de una especie de ardor que creía extinguido pero que lo envuelve hasta atraparlo en un punto donde el espacio y el tiempo se dilatan como una burbuja.

—Lul —repite, una vez tras otra, y la sigue besando, y su lengua se desliza por su carne, notando la dureza tibia de sus pezones, el vientre agitado, el denso olor de su sexo, y cuando ya está dentro de ella sigue repitiendo su nombre como si al hacerlo la estuviera invocando de alguna forma; ella jadea, pero aunque hay un sonido que lo distrae, que no encaja, en todo momento se sumerge a ciegas en las espirales del placer y el deseo, en la respuesta abierta a un dilema que no necesitaba solución pero que a Aloaga le permite ser feliz durante unos segundos o varias horas. Un largo rato más tarde, mientras yace en la cama desecha, mirando al techo como si pudiera distinguir una pequeña grieta de su memoria, nota una brisa nocturna que eriza los pelillos de su barriga.

derarse del control de la computadora y eliminar los datos que Román acababa de cargar en la máquina.

V

La mañana era gris; sus pensamientos, oscuros. Laurenti, cuando descubrió que Román se había aplicado la vacuna, primero se enojó y después lo felicitó, y el resto del equipo lo saludó con una mezcla de respeto, admiración y cierta envidia; sin embargo, aunque ellos lo ignoraban, Román escuchaba con nitidez sus cuchicheos cargados de dudas e inquietudes. Ese día lo llamaron “superhombre”, pero cuando comprobaron que su fisiología se había alterado por completo y que su piel era áspera, dura, rocosa, la gente del equipo no pudo disimular cierta repulsión. Todos menos Walter, quien parecía ser el único que se encontraba genuinamente interesado en la evolución de sus percepciones; por supuesto, le preguntó si notaba algún tipo de efecto indeseado. Román, instintivamente, le mintió; se limitó a explicarle que experimentaba una agudización de todos sus sentidos que lo estaba volviendo loco.

—Te prepararé un sedante. Es necesario que descanses; eso te ayudará a superar el *shock*. Una vez que tu organismo se haya adaptado a la droga, podremos utilizar tu experiencia para perfeccionar el medicamento.

Pero Walter se equivocaba; el cuerpo de Román jamás se iba a adaptar por completo al mutágeno

Alfa, y los efectos colaterales que él no se había atrevido a confesar hacían impensable que esa presunta vacuna fuera aplicada de manera masiva a la población.

VI

Los sonidos regresaron con más fuerza que antes. Román se incorporó en la cama; todavía era de noche. Raúl se movía sigilosamente por la habitación, hurgándolo todo; llevaba puesto sólo un bóxer. El absurdo parecido físico que lo unía a Raúl no le molestaba tanto como sus constantes interrupciones. Román no estaba acostumbrado a convivir con nadie; no tenía hermanos y el vínculo que mantenía con el resto de su familia —un par de tías viudas y un primo que vivía en Estados Unidos— era casi inexistente. Por eso, la presencia del intruso le resultaba incómoda.

—¿No podés recostarte y dormir —rezongó—, como cualquier persona normal?

—Ese hombre no me gusta para nada —se limitó a contestar Raúl.

—¿Quién?

—Ese gordo; tu amigo. Ya te lo dije: se trae algo entre manos.

—No me molestes; recién son las cuatro de la madrugada. Walter sólo está preocupado por su familia.

—A tu “amigo” Walter le importa un cuerno su familia; quiere la fama y la quiere sólo para él.

—Éste no es momento para discusiones —dijo Román y se volvió a acostar. Se tapó la cabeza con la

y eso fue suficiente; la tarjeta cambió de mano.

IV

Román accionó el interruptor de la luz y se acercó al sector de las jaulas. En cuatro de las cinco jaulas los cobayos permanecían quietos, la mirada alerta, emitiendo un leve ronroneo nervioso. En la última jaula, un par de cobayos había muerto; eran dos guiñapos sangrantes. Los otros cuatro descansaban plácidamente. Sin provocar ningún ruido que alertara a los animales, Román introdujo una jeringa hipodérmica y extrajo un poco de sangre de uno de los felices durmientes. Luego se dedicó a analizarla; al constatar el resultado lanzó un suave silbido y se puso a trabajar en una nueva modificación de los componentes del mutágeno Alfa.

Ya amanecía cuando alzó, por fin, el tubo de ensayo. Mientras lo observaba, lo agitó un poco; tenía que estar seguro. La diferencia era la vida o la muerte de muchos, la vida o la muerte de ella, y —a pesar de Walter y de esa criatura que iba a nacer— la quería viva. El centrifugado de los elementos le llevó muy poco tiempo; luego se inyectó.

Los segundos se convirtieron en una línea muda de tiempo, saturada de paralizante tensión. Sintió un leve cosquilleo en las piernas y una creciente sensación de rigidez. Abrió y cerró las manos, para vencer el entumecimiento que trataba de apoderarse de sus miembros. Respiró hondo, exhaló y se rompieron varias pro-

betas. Parpadeó; la luz le hacía doler los ojos. Vio las paredes del laboratorio, el pasillo que se extendía al otro lado de la puerta, la calle, los autos, la aquietada placidez de ese dormitorio ajeno y a Liza en la cama, su blanco vientre trepidando bajo la mano pasiva de Walter. Román cerró los ojos pero siguió viéndolo todo; lo que se extendía delante de él y a sus espaldas, la ciudad toda y un poco más allá. Se apoderó de un bisturí e intentó efectuarse un leve corte en el brazo, pero el instrumento no logró penetrar la piel. Lo había conseguido; era invulnerable. Hubiera deseado poder reír pero no sintió alegría, ni siquiera excitación, porque el exterior todo pugnaba por penetrar en su cerebro, cargándolo de múltiples vivencias y borrando sus sentimientos.

La imprevista risotada le hizo doler los oídos. Delante de él acababa de irrumpir un desconocido. Román lo observó fijamente y el hombre, que bailoteaba exaltado, se detuvo.

—¿Quién...? —atinó a preguntar Román.

—Me podés llamar Raúl.

La presencia del tipo, el timbre de su voz y su manera de hablar le resultaron muy desagradables, pero al mismo tiempo familiares. Convenido de que estaba alucinando, Román comenzó a escribir frenéticamente en la computadora: *...duplicado... idéntica complexión, iguales facciones...*

—Borra eso, estúpido; van a pensar que tu “medicina” milagrosa te produjo un brote psicótico.

Román dudó y el desconocido aprovechó su desconcierto para apo-

—Usia no ha vuelto.

—No te preocupes por ella —murmura Lul, y enseguida sus sentidos vuelven a verse perturbados por una corriente de olores nuevos; detrás de la fragancia de su carne distingue un toque algo más seco, distinto, como si las ampollas hubieran perdido su efecto, pero tampoco quiere pensarlo. De pronto un malestar creciente le estrangula la garganta y gira la cabeza hacia donde debería estar la ventana.

—Todo está igual —dice, pero en el fondo sabe que no es cierto, que no todo está igual, y que la cáscara de su antigua casa es frágil ante la invasión de detalles que quedaron disueltos pero que, en el fondo, daban una secreta vida a las cosas. No estaba en el color ni en las formas, no estaba en su superficie, sino en la textura, en los olores más lejanos, en el sabor de la carne sudorosa, ese rastro salado del cuerpo de su Lul.

—Te noto tenso, cariño. ¿Es que no lo has pasado bien?

Aloaga aprieta las mandíbulas: ella nunca habría dicho eso. Se habría mantenido en silencio, pero eso es algo que se le olvidó decirles, como tantas otras cosas. Ahora intenta luchar consigo mismo, como la última vez, cuando le contó su historia en un momento de arrebato; después de haberse revolcado juntos durante largo tiempo, ella se había ausentado hasta que él la fue buscando a tientas. La oyó al fin en el cuarto de baño, llorando con la voz apagada, y por primera vez comprendió lo que estaba haciendo.

—Había una fila de personas —le contó en la oscuridad, amparada por las sombras—. Era muy grande, casi no podía verse el final... En aquella época... por entonces, no sabía adónde ir, así que me puse en la fila y esperé a que fuera avanzando. Esperé y esperé, y cuando vi que nos daban algo de comida seguí esperando, hasta que llegué a la Casa.

—He oído hablar de ella —sursurró entonces Aloaga, notando que podía engañarse a sí mismo más fácilmente que a los demás.

—Te desnudan... te rapan y luego te anulan... Lo llaman “purificar”... para que puedas ser la que debas ser en ese momento.

De aquella conversación íntima no habían vuelto a sacar un solo comentario, una sola referencia, como si no hubiese existido. Pero ahora Aloaga nota que le falta el aire, y que la crisálida se cae en pedazos sobre su cuerpo inerme; las ampollas de olor se han difuminado dejando paso a una nueva fragancia. Entonces aguzó el oído y escucha un crujido a su derecha. Una máquina, advierte y aprieta las mandíbulas; hay un dispositivo que reposa a pocos metros de la cama. Al girarse bruscamente nota un leve susurro, algo que podría ser la cortina, pero Aloaga sabe que no lo es. Con los ojos abiertos puede percibir ese olor extraño que se mezcla con el nuevo olor de una cáscara rota que representa a Lul.

—¿Qué te pasa? —le dice ella, y lo agarra del brazo.

—Sé que no me lo va a decir él o ella, ¿pero por qué?

—No sé de qué me hablas, cariño... pero, ¡ay! ¿qué haces?

Se pone en pie tan rápido como puede, pero algo pasa velozmente a su lado, mientras caen varios objetos metálicos.

—¡Cuch, cariño! —grita Lul, pero la golpea con el codo en la barbilla. Pronto la oye caer al suelo y gemir de dolor mientras Aloaga extiende los brazos para capturar a su intruso.

—Nos están grabando, ¿eh?

—¡No me hagas daño! —llora la mujer.

—Salimos en algún canal, ¿eh?

Pero ella, la mujer, ya no responde; sigilosamente se ha alejado por la puerta sin que pueda impedirlo. Debía haberlo imaginado en algún momento, pero no lo hizo; quizá la última vez debió sospecharlo, pero tampoco quiso hacerlo. De hecho, de pie y desnudo, Aloaga, o el hombre que debía ser Aloaga, se dio cuenta de que en realidad la inmensa mayor parte de aquel espacio era imaginario; que acaso no estaba en una casa sino en otra parte. Era posible, incluso, que no hubiera viajado por media galaxia, sino que nunca hubiese salido de su mundo, el mismo cuyo sol lo cegó por las radiaciones en la llanura de Culema, matando a su mujer a causa de las fiebres. ¿Era su mujer, o la de Aloaga?, balbucea, y se tambalea confuso hasta sentarse al borde de la cama con los codos sobre las rodillas. Una vez soñó que estaba en una sala enorme, donde varios hombres lo desnudaron; la fila de individuos desnudos se perdía en la distancia. Luego vino un funcionario regordete con uniforme violeta y gorra

plana y les habló por medio de un micrófono que extendía su voz por los corredores:

—¡Bienvenidos, bienvenidos, queridos Seres Amados! Os damos la bienvenida en nombre de la Eterna Conjetura y os deseamos que paséis una estancia feliz con nosotros. Más adelante os explicaremos las causas y el funcionamiento de nuestro sello. Para los que sois totalmente nuevos aquí, alegraos de servir a Xiuma, la diosa, porque sois vosotros los elegidos.

Durante semanas o meses apenas se comunicó con nadie, hasta que lo fueron instruyendo en las habilidades solicitadas. Unas veces le ponían un cabello moreno y otras rubio, o bien le hacían ciertas pruebas técnicas para adaptarse a cualquier modelo establecido; había varias pruebas de dificultad... pero no, todo eso debió soñarlo; todo eso no es sino parte de algo que recuerda pero que procede de la memoria de otro hombre.

—No, no, no —masculla hoy con los ojos cerrados, y en un momento recuerda a una enfermera sonriente de la Eterna Conjetura que le suministra sus píldoras habituales.

—Ya tienes hay un cliente para ti, enhorabuena —le dijo.

—¿Es un hombre?

—Una mujer —le contó distraída mientras le tomaba el pulso—. Perdió a su marido en su planeta.

—¿Cuánto tiempo? —dijo él, y se acarició la calva.

—Nueve meses, más o menos. Eso es lo que ha contratado, así que necesitas un ejercicio duro. Iremos capa a capa; primero lo que salte

lucía impecable, perfecto, y allí estaban ellos tres, disfrutando de la conversación. Román miraba sin ver las velas en la mesa y los platos vacíos, tan vacíos como esa sensación de angustia que le producía contemplar a Liza. Intentando distenderse, esbozó una mueca que pretendió convertirse en sonrisa cómplice. Hasta ese momento, Walter había monopolizado el diálogo, mientras Román se limitaba a acotar, murmurar y asentir.

—¿Pueden dejar de hablar de trabajo ustedes dos? —Liza habló en plural, pero su sonrisa fue para Román, quien repentinamente percibió la dureza que crecía entre sus piernas, pero el desagrado que le causaba la euforia de Walter contribuyó a controlar la erección. Bebió un largo trago de vino; era suave y ligeramente dulzón. Con la excusa de saborearlo, entornó los ojos; trató de no pensar, de concentrarse en el vino, de olvidarse de que ella estaba allí.

—La tercera camada de cobayos se ve muy saludable. Podemos decir sin temor que conseguimos la droga que necesitábamos; ahora viene la siguiente etapa —dijo Walter.

Román sintió la necesidad de hacerlo callar de alguna manera.

—Antes necesito corroborar algo —acotó.

—¿Qué te pasa? Éste no es momento para tener dudas; debemos seguir adelante. Quiero que mi hijo pertenezca a una nueva especie de seres humanos. Fuertes, poderosos, inmortales. Cuando todos nos apliquemos la droga también estaremos muy cerca de serlo. —Walter acarició tor-

pemente a su mujer en el brazo izquierdo. Liza bajó los ojos.

A Román se le cayó el tenedor al suelo y la miró aturdido.

—¿Es cierto? —preguntó en un tono de voz casi inaudible. Liza asintió. Román paseó su mirada de Walter a la mujer. Adivinó un peculiar brillo en los ojos de ella; en los del hombre se reflejaba su evidente estado de ebriedad. Román respiró hondo, vació su copa de un trago y se levantó de la silla.

—¿Adónde vas? —Walter, por primera vez en toda la noche, dio muestras de encontrarse molesto—. No podés ser tan amargo. Tenemos dos buenos motivos para festejar.

—Todavía no tenemos nada —contestó Román—. Vuelvo al laboratorio; quiero ver cómo evolucionan los cobayos. Si todo está bien, les haré unas pocas pruebas más; así realmente podemos seguir adelante. Creo que tu hijo me lo agradecerá. —Román intentó sonreír, aunque en realidad no se sentía para nada contento. Sintió un profundo deseo de matar a Walter; el muy irresponsable había sido capaz de embarazarse a su mujer antes de que lograran encontrar una cura para la epidemia.

—¿A esta hora vas a volver a la Universidad? Es medianoche.

—No te olvides de que vinimos en tu automóvil; el mío quedó en el estacionamiento y, para el sistema, estoy dentro del edificio. Sólo necesito que me prestes tu tarjeta identificadora.

—¿Y yo, mañana?

—Trataré de no demorarme tanto. Espero traértela con flores para el desayuno... —Román le guiñó un ojo

mán le hizo una seña con la mano, para que abandonara la inútil disputa. El grandote le dio la espalda al profesor y se acercó a Román.

—¿Qué pasó acá, Walter? —preguntó Román, mientras miraba a los ojos a su colega.

Walter agachó la cabeza. —Lo mismo de siempre —refunfuñó—; tenemos que empezar a aplicar la nueva vacuna antes de que las personas comiencen a morirse como moscas, pero el viejo está obsesionado por encontrar el antígeno perfecto y se aferra a los protocolos. Es un cobarde de porquería.

—Tranquilo, no podemos perder la cabeza. Primero hay que tomar todos los recaudos; no es cuestión de envenenar a la población.

—Román, ¿vos también? Ante una urgencia no hay formalidad que valga.

—Haceme el favor; andá a disculparte con Laurenti, que no conviene que esté de mal humor. Si no después se la va a agarrar con todos nosotros y así no se puede trabajar. No te preocupes; encontraremos la manera de ver cómo lo solucionamos.

II

La manera, la única: los cobayos. Alineados en sus jaulas en una secuencia de ávidos dientes afilados, ojos vidriosos, cuerpos inertes; los del primer grupo no habían durado cuarenta y ocho horas vivos después de ser inoculados.

—Hay que reducir la dosis —sugirió Román y Laurenti estuvo de a-

cuerdo. Por eso, los cobayos del segundo grupo alcanzaron a sobrevivir una semana. Pero, a pesar de los prejuicios de Laurenti y de las dudas del resto del equipo, Walter y Román insistieron en seguir trabajando con la nueva droga; después de todo, habían sido ellos dos los que habían conseguido sintetizarla. Solamente necesitaban manipular sus componentes hasta lograr la proporción exacta que convirtiera al mutágeno Alfa en una sustancia atóxica, pero efectiva para ser empleada en seres humanos.

Los cobayos del tercer grupo no murieron; habían transcurrido quince días desde que recibieran una dosis del nuevo medicamento y aún se notaban activos.

—Se ven muy excitados —refunfuñó el profesor.

—Seguramente están reaccionando al enteógeno —afirmó el más joven del equipo, un bioquímico recién recibido que se resistía a usar lentes de contacto y se amparaba en la dignidad que le otorgaba a su rostro un vistoso par de anteojos. Román y Walter intercambiaron miradas. Era verdad; el secreto de la droga estaba en el enteógeno que contenía y era evidente que los cobayos evolucionaban bajo sus efectos. Pero a qué costo. Aunque las pequeñas bestias no podían hablar, en sus más mínimos movimientos latía el miedo, la furia y, tal vez, un atisbo de locura.

Debían seguir trabajando.

III

El departamento de Walter Sandez era pequeño pero confortable. Todo

más a la vista, y luego los detalles. Modularemos tu voz, y el olor. La viuda ha traído bastantes documentos y cápsulas; no será difícil, pero sí muy lento. Ah, por cierto, serás ciego.

—No pienso quedarme ciego, preciosa.

—No, pero tampoco vas a hacerte el ciego. Verás, ¿cómo te lo explico? Tenemos terapias de sugestión que podrían dejar en ridículo los sueros sintéticos. Te aseguro que cuando hayamos terminado serás ciego porque no querrás ver aunque veas.

—¿Y cuando ella se aburra?

—Pues te daremos la terapia inversa. No te preocupes. Nunca falla, eso te lo aseguro.

—No —gime ahora, y parpadea pero no consigue ver nada su alrededor, ni una simple sombra: él es Aloaga, un antiguo empresario de naves en desuso, y nunca estuvo en una casa como ésta, el mismo día en que Lul, la verdadera Lul (o acaso otra), lo recibió en silencio, el momento mismo en que se conocieron. ¿Cuánto hace de eso? Podrían ser años, es posible.

—Hola, nena —dijo aquel día lluvioso, y extendió su bastón por la alfombra.

—Llegas tarde —le recriminó Lul sin besarlo, con un tono frío que no había esperado de ella; llevaba tanto tiempo estudiando a solas sus gustos, su forma de pensar y de hablar que casi creía haberla conocido desde siempre. Luego se amaron, o creyeron amarse, y durante horas ella casi no le dijo nada, hasta que al fin, ya a la mesa del comedor y mientras comían con las ventanas abiertas (ya apenas

lloviznaba, o así lo oyó al menos: un repiqueteo sobre el alféizar y el olor de la tierra húmeda), le contó algo más:

—Eres mejor amante de lo que lo fue él —dijo—. En realidad, creo que casi ya no lo quería. Me hubiera gustado quererlo más, sobre todo cuando se quedó ciego. ¿Eres ciego de verdad?

—No veo nada —murmuró, y siguió comiendo arrastrado por la seducción de esa mujer desconocida.

—Quiero que lo hagas mejor de lo que fue.

El tiempo de contrato establecido se dilató y desde la Casa de los Seres Amados nadie le mandó un mensaje solicitándole su regreso. La viuda de Aloaga, o del hombre que una vez fue Aloaga, parecía haberse olvidado de la comedia para centrarse en una serie de ilusiones que mantenía bajo una rutina inalterable. Poco a poco la fue conociendo mejor, fue intuyendo las aristas y valles de su carácter, esos pequeños destellos de alegría que la asaltaban cuando iban a algún sitio de viaje, como cuando decidieron ir a la llanura de Culema. Ella... enfermó, sí, eso es, se dice; ella enfermó y ni siquiera tuvo otra alternativa que no fuese enterrarla allí mismo gracias a varios lugareños, tal y como fue su última voluntad.

—En casa —le dijo ella, moribunda—, cuando vuelvas, busca arriba, en la habitación de estudio, en el mueble; ahí guardo todo lo que necesitas.

—Cariño mío —dijo entonces, pero por mucho que quiso intentarlo no

pudo desvanecer las tinieblas de sus ojos. Para entonces ya sabía lo mucho que ella lo había amado en el fondo, más (según le dijo) de lo que lo había hecho con el verdadero Aloaga. Luego... ¿qué pasó luego?, piensa, y se pone en pie y camina descalzo hasta encontrar sus ropas en el suelo.

—No estaba bien —se dice mientras se viste sin prisa, consciente de que ya nadie lo vigila o lo espía. Tendría que haber regresado a la Casa, con sus otros hermanos. “Desnaturalizarse”, como allá lo llaman; quitarse el residuo de Aloaga que aún tuviera en su cuerpo. El mayor de todos, poder ver de nuevo. Tendría que haber llamado, informado de su caso, pero nada de eso ocurrió; o nada de eso debió ocurrir después de todo, porque lo recuerda como un sueño o el recuerdo de alguien que no es él sino otro. Nunca hubo otro Aloaga sino él mismo, se convenció finalmente, y con algo de crédito heredado por acuerdo escrito de su difunta Lul compró una nave y buscó un guía.

Pero de eso ya pasó mucho tiempo. Sí, pasaron bastantes años, piensa y tantea por las paredes en busca de la salida. Podría haber ido a la Casa para que los gregarios lo sanasen de su ceguera inducida, pero en su lugar contactó con la Conjetura

bajo otro nombre. Nadie lo reconoció, y de hecho tampoco pudo reconocer la voz de nadie. Simplemente aportó todos los archivos que ella misma le había dado una vez, como si se tratase de un tesoro; la esencia que podría hacerla inmortal, mientras se la recuperara.

—Yo la quería —se dice y sale ya al exterior, pero sabe que no está en el rellano de la casa donde vivió con Lul durante nueve largos años, sino en otra parte, en un lugar que sus ojos se niegan a describirle, acaso por miedo a lo desconocido. A tientas, tropieza y a punto está de caer de bruces, pero se recupera. ¿Volverá?, se dice y gira la cabeza; la casa de Lul ya no es una casa, pero tampoco logra distinguir sus formas. Ahora escucha un chirrido en lo que podría ser la noche (sí, aún debe ser de noche), hasta que Aloaga imagina el balanceo del columpio que cuelga de una rama, en el árbol que plantó el padre de Lul cuando era pequeña. Al fin el balanceo va menguando, y pronto oye pasos por la hierba (porque es la hierba, está seguro; es la hierba que tantas veces ha pisado con su mujer) y en silencio una manita se agarra a la suya.

—Vámonos, Usia.

© CARLOS PÉREZ JARA, 2013.

CARLOS PÉREZ JARA
(España —Sevilla, 1977—)

Ha publicado en **Axxón**, **NGC 3660**, **Bem On Line**, **Los Zombies no saben Leer**, **Korad**, **Planetas Prohibidos** y **Próxima** y en las antologías de cuentos de terror **Calabazas en el trastero** 6 y 11, de la editorial Saco de Huesos.

MUTAGÉNESIS

M^a DEL PILAR JORGE

Aunque la atmósfera era irrespirable y el humor de la gente rayaba en la idiotez, Román se sentía estúpidamente feliz. Después de ubicar el aeromóvil en el primer nivel del estacionamiento, se apresuró a entrar al edificio de la Universidad. Tras cruzar varios pasillos, se dirigió al sector reservado para profesores e investigadores; sacó su identificación del bolsillo de la chaqueta y la apoyó en la planchuela de registro: *Mayo – 6 – 2059 – 9:55 a.m. – Dr. Román Landa*. La chicharra zumbó y el elevador de vidrio apareció apenas unos segundos después. Román subió y se entretuvo por unos instantes, como hacía siempre, contemplando el techo del edificio viejo y los alrededores. El otoño ya había decolorado las hojas de los árboles; Buenos Aires seguía creciendo y el río continuaba acariciando su costa, con su inquieta agua lodosa. El sol muy rojo anunciaba que ése

iba a ser otro día más de calor insoportable. Pero el clima no lo preocupaba demasiado; aquella noche iría a cenar a la casa de Walter, en ese ritual que había perdurado por años y al que Liza se había adherido con contagioso entusiasmo. Liza, tan hermosa, demasiado para estar casada con ese patán que se llamaba amigo suyo. Haber podido disfrutarla a espaldas de Walter había sido lo mejor que le sucediera en muchos años.

El estruendo de la voz de Laurenti lo trajo a la realidad.

—De ninguna manera, Sandez; la urgencia no justifica que alteremos el protocolo —vociferaba el anciano profesor de Bioquímica.

Encomendándose a todos los dioses, Román emergió de su claustro de cristal y se unió al grupo de investigadores. Al advertir que el objeto de la ira de Laurenti era un hombre corpulento de rasgos infantiles, Ro-